

A romantic couple is shown from behind, embracing on a grassy hill. The woman has long, wavy brown hair and is wearing a dark, off-the-shoulder top. The man is wearing a light-colored, long-sleeved shirt. They are looking out over a valley with rolling hills, autumn-colored trees, and a small town with a red-roofed house and a barn. The sky is bright and hazy, suggesting a sunrise or sunset.

Annabeth Berkley

SEÑALES
del destino

Señales del destino

(EDENTOWN 6)

ANNABETH BERKLEY

© 2020, Annabeth Berkley

Depósito legal: en Safe creative:

Correcciones: Yolanda Pallás

Diseño de cubierta: Roma García

Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A todas aquellas mujeres que se buscan a sí mismas.
Quizá hay que parar para encontrar.

Créeme, en tu corazón brilla la estrella de tu destino.

Friedrich Schiller

Bronwyn Evans frunció su bonita nariz cuando empezó a oler a quemado. Supuso que sería el olor de las ruedas de su jaguar al contacto con el asfalto en ese caluroso día de verano. Llevaba conduciendo varios días, sin rumbo, sin prisa, sin dar vueltas a nada más que a desaparecer y huir de la vida que llevaba en Los Ángeles.

Pensó en que debería encontrar pronto alguna idea sobre qué hacer con su futuro, porque se había recorrido casi todo el país, sin llegar a ninguna conclusión o sin tener una dirección clara de hacia dónde dirigir sus pasos.

Había metido parte de su ropa en tres maletas enormes, cerrado su piso y empezado a conducir. Su intención era establecerse en algún lugar, y que le enviarán allí el resto de sus pertenencias, pero aún no había encontrado ningún sitio que le gustara lo suficiente. En un principio había pensado en encontrar alguna señal que le indicara dónde parar, pero hacía tiempo que había dejado de pensar en ello.

El olor a quemado se intensificó. Eso empezó a no gustarle demasiado. Quizá debía parar en alguna gasolinera o encontrar algún taller mecánico.

Sin detener el coche buscó en su móvil un asistente de viaje para pedirle la dirección de la gasolinera más cercana y dirigirse a ella.

Poco después y siguiendo las indicaciones que había recibido, pasó por un cartel de bienvenida a un pueblo. ¿Edentown? ¿A qué le sonaba ese nombre?

Llegó a duras penas hasta la gasolinera. Notaba como su coche iba disminuyendo la velocidad hasta finalmente pararse junto a un surtidor.

Dexter Campbell se estaba secando el sudor de su frente cuando el Jaguar blanco descapotable de los años 90, con el que llevaba soñando desde que recordaba paró en su gasolinera y empezó a echar humo escandalosamente.

¿Quién podía hacer eso con semejante reliquia? Se enfadó. Ese coche era un clásico, se merecía un respeto.

Salió del taller mecánico que había junto a la gasolinera, también de su propiedad, visiblemente molesto. Ese tipo lo iba a escuchar. Otro ricachón despreocupado, pensó dirigiéndose a él.

Bronwyn salió algo asustada del coche en cuanto empezó a ver el humo.

—No explotará, ¿verdad? —preguntó al mecánico que iba hacia ella con cara de pocos amigos.

Agradeció la suerte de que hubiera un taller mecánico junto a la gasolinera, pero no podía dejar de pensar en el humo que salía del coche con todo su equipaje dentro.

—No, señorita, no explotará —le dijo enfadado abriendo el capó para que todo el humo terminara de salir.

No vio a nadie más acompañándola y se percató de las tres enormes maletas de color dorado que había en su interior. Otra turista con la cabeza vacía.

La miró para decirle lo que pensaba sobre la imprudencia de no controlar el agua del coche, pero se quedó sin palabras.

Era preciosa. Su largo y ondulado cabello castaño recogido en una coleta, sus bonitos ojos azules de oscuras pestañas, su boca carnosa y sugerente, su escultural figura de largas piernas apenas cubiertas por un vaquero corto de color claro. Su discreto escote que apenas disimulaba lo que ocultaba... Abrió y cerró los ojos varias veces. ¿Se podía ser tan guapa? Debía de ser un sueño.

—¿Qué le ocurre al coche? ¿Tiene arreglo? —le preguntó preocupada sin dejar de mirar a su inseparable compañero desde hacía diez años.

Dexter se obligó a dejar de mirarla para volver a mirar el coche.

—¿Cuánto hace que revisó el agua del motor?

Bronwyn se encogió de hombros ¿Cuándo había sido la última revisión?

—No lo recuerdo —le dijo sincera.

Miró al hombre de musculosos brazos cruzados sobre la camiseta gris que llevaba con más de una mancha de grasa. Lo que sintió al verlo hizo que todos sus sentidos se pusieran alerta. Era muy guapo, de cabello castaño y ojos verdes. Alto y realmente atractivo. El mono de mecánico del que se había quitado la parte superior y anudado a la cintura no hacía más que estimular su imaginación.

Aunque recordaba haber hecho alguna sesión de fotos en algún taller mecánico en sus primeros trabajos como modelo, ese hombre no tenía nada que envidiar a sus compañeros de trabajo.

No. Se obligó a dejar de mirarlo. Todos los hombres eran unos egoístas, y ella había decidido no volver a saber nada de ellos.

—¿Es grave? —le preguntó volviendo la atención al coche.

Dexter la miró con paciencia.

—Espero que no tenga prisa, señorita...

—Bronwyn —le respondió ella.

Dexter sonrió atractivo.

—¿Tienes nombre de bizcocho de chocolate con nueces?

Bronwyn levantó la ceja sorprendida.

—¿Brownie? No —le dijo seria—. Me llamo Bronwyn.

Dexter volvió a mirarla. También era preciosa cuando estaba molesta. Podría perdonarle haber tratado tan mal a esa reliquia de cuatro ruedas.

—¿No nos hemos visto antes?

—No —le dijo cortante—. Es la primera vez que vengo por aquí.

—¿Y desde donde vienes, Brownie? —le preguntó sacando las maletas del coche sin darle explicaciones.

—Bronwyn —insistió ella—. Vengo desde Los Ángeles.

—¿Conduciendo? —le preguntó asomándose sobre el motor del coche que había dejado de humear.

—Sí —le explicó ella acercándose también a mirar las tripas de su coche sin saber qué estaba viendo, o qué tenía que mirar.

—Pues el viaje se te ha acabado de momento —le explicó Dexter notando su presencia junto a él.

La miró a los ojos, haciendo un gran esfuerzo para no mirarle dos palmos más abajo.

—¿De verdad? ¿No puedes hacer algo?

Dexter le sonrió atractivo. Le había parecido música celestial para sus oídos.

—Podría hacer muchas cosas contigo, pero no con tu coche —le dijo seductor—. Él —señaló acto seguido al coche sin darle opción a la réplica airada que le iba a dar a juzgar por la expresión de su cara— va a tener que pasar calculo que unos tres días en el taller. Te has cargado el radiador y el motor, bonita ¿Cuánto tiempo has pasado conduciendo sin agua?

Bronwyn se encogió de hombros.

—¿No tenías parpadeando una luz roja?

Bronwyn no lo recordaba. Apenas le gustaba conducir, pero ese coche se lo habían regalado en uno de sus primeros trabajos y le había hecho sentirse muy orgullosa de ella y del dineral que le habían pagado. Le parecía lógico largarse de Los Ángeles con él y recordarse que podía conseguir

cualquier cosa que se propusiera.

Dexter evitó mirarla. Bastante calor sentía ya. ¿Cómo se podía mal tratar así a un clásico como era aquel coche? Sus maravillosas y largas piernas la iban a librar de la bronca que le hubiera echado y del precio que le hubiera cobrado a un hombre cualquiera.

—Puedes esperar a quien quieras allí dentro —le señaló una pequeña dependencia de la gasolinera.

—¿A qué te refieres? —le preguntó ella confundida.

Aún le estaba dando vueltas a eso de que el coche tardaría tres días en estar arreglado.

—Si algún amigo viene a buscarte —le dijo—. Te podría acercar esta maravilla a donde me dijeras —le sonrió atractivo.

Bronwyn desvió su mirada. Ese hombre era increíblemente atractivo y lo sabía. Ese tipo de hombres siempre habían sido su debilidad, pero sabía por experiencia que eran egoístas, prepotentes y manipuladores, y tenía más que claro que no quería volver a hablar siquiera con alguien así.

—¿Y aquí hay algún sitio donde quedarse? No tengo prisa —le preguntó encogiéndose de hombros.

Nadie la esperaba, nadie iba a echarla de menos.

Dexter sintió que le faltaba el aire. ¿Iba a quedarse en Edentown? ¿Y él era el primero en saberlo? Algo debía haber hecho muy bien en otra vida para que una oportunidad así se presentara.

—Tienes un hotel cerca del lago, el Eden's Star, pero me extrañaría que hubiera alguna habitación libre. Estamos en temporada alta...

—¿Entonces?

Dexter se le acercó un poco más. Lo suficiente para que ella se diera cuenta de que él estaba más que dispuesto a estar con ella.

Bronwyn lo miró altiva. Dexter dio un paso atrás extrañado.

—¿Seguro que no nos hemos visto antes?

—Sí, estoy muy segura —le dijo ella muy seria.

Lo recordaría sin duda. Era demasiado guapo. Y ella hacía mucho tiempo que solo se codeaba con modelos, empresarios millonarios y personas consideradas V.I.P. por lo que, aunque hubieran coincidido en algún sitio, ella no se habría fijado en alguien que no fuera de su entorno.

—¿Qué otras opciones tengo?

—¿Para tres o cuatro días? Puedes venirte a mi casa.

—Eso te gustaría, ¿verdad? —le preguntó Bronwyn empezando a enfurecerse.

—No te lo voy a negar —le contestó él.

Bronwyn resopló antes de darle la espalda y agarrar sus enormes maletas.

—¿Por lo menos me podrías indicar como llegar a algún sitio? —le preguntó molesta.

Dexter la siguió con una mueca.

—Deja aquí tus maletas. Cuando sepas dónde ir llámame y te las llevaré. La posibilidad de mi casa sigue en pie —le cogió el móvil que llevaba en la mano y le grabó su teléfono móvil—. Me llamo Dexter Campbell y —volvió a sonreírle—. Si vienes conmigo no pasaría nada que tú no quisieras.

Bronwyn le cogió el móvil de la mano.

—Ni lo sueñes —le respondió—. Antes dormiría en un banco del parque.

—Eso es porque no me conoces —le sonrió sintiéndose ligeramente frustrado.

Volvió a coger su teléfono y se llamó a sí mismo.

—Necesito tu teléfono para avisarte cuando tenga las piezas del coche.

Le dio la espalda ligeramente frustrado. No quería dejarla ir. Era preciosa.

—También podrías ir a casa de mi madre. En los bancos del parque no se está mal, pero mi madre tiene habitaciones que no utiliza.

—¿Las alquila?

—Podría hacerlo —improvisó deseando tenerla cerca o saber dónde estaba.

Bronwyn asintió confundida llevando tras él la maleta más pequeña al interior de la oficina de la gasolinera. Dexter llevaba las dos restantes.

—¿Te has ido de casa para siempre? —le preguntó extrañado por tanto equipaje.

—¿Y qué si lo hubiera hecho? —le respondió a la defensiva.

Dexter la miró extrañado. ¿De qué huía? ¿Quién podría haber dejado escapar a una mujer tan preciosa y atractiva?

—Edentown es un buen sitio para quedarse —le explicó con la esperanza de convencerla, haciendo un gran esfuerzo para disimular, sin conseguirlo, su intención de acostarse con ella.

Bronwyn asintió sin mirarlo. Eso lo decidiría por ella misma. Bueno, esta vez el coche era el que lo había decidido. Suspiró. Edentown. Ese nombre recordaba haberlo visto en algún sitio.

—Al final de esta calle llegarás al lago —le explicó considerado—. Verás el Eden's Star desde allí. También tienes heladerías o restaurantes. Hace calor. Y tienes mi teléfono. Si necesitas algo, llámame, de verdad.

Bronwyn asintió todavía desconfiada y se alejó andando. Dexter tardó en dejar de mirarla. No había visto una mujer con un cuerpo más perfecto en su vida. Solo podría superarla el poster que tenía en la habitación de soltero en casa de su madre, y en la oficina del taller... El poster... En el poster también salía un jaguar blanco. Sonrió teniendo un presentimiento.

Entró decidido a la oficina que tenía en el taller mecánico y abrió el armario. Las piernas le temblaron mientras sentía que le faltaba el aire. Se sentó en una de las sillas sin dejar de mirar el poster plastificado de una escultural belleza en ropa interior escandalosamente sexy sobre el mítico jaguar blanco que ahora mismo tenía aparcado en la gasolinera. No podía ser real, pensó tratando de recuperar el aliento. Se había enamorado de ella en la universidad hacía más de diez años. Había comprado varios números de la revista para tener sus fotografías en cualquier parte. Incluso se la había llevado a la oficina del taller mecánico cuando empezó a trabajar allí con su padre.

¿Qué posibilidades había de que le ocurriera lo que le estaba ocurriendo? Su sueño se materializaba frente a él, y tenía claro que no iba a dejarlo escapar. Quizá empleara más de tres o cuatro días en reparar el coche. ¿Cuánto tiempo necesitaría para llevársela a la cama? Aunque se mostrara inalcanzable, ninguna mujer se le había resistido nunca, y ella no iba a ser la primera. No cuando llevaba tanto tiempo soñando con ella, hablando con ella, compartiendo la vida con ella...



Bronwyn se sentó en uno de los bancos frente al lago mientras se terminaba el granizado de lima limón que se había comprado.

El hotel estaba completo. En la inmobiliaria le habían dicho que no había nada en alquiler de momento, y lo cierto era que se había quedado sin opciones.

Bueno, siempre podía hablar con el trabajador de la gasolinera. Era muy fácil imaginarse en la cama con él, siendo acariciada por sus fuertes manos, rodeada de sus musculosos brazos, besada... frunció el ceño. Estaba cansada de hombres egoístas y narcisistas que solo la veían

como un cuerpo que poseer.

Había empezado como modelo con su mayoría de edad. Las primeras fotos habían sido en ropa interior, lo que le había dado muchísimo dinero y su querido coche. Ese dinero le había permitido dejar de dormir en un banco en el parque y esas fotos le habían hecho llegar muy lejos en el mundo de la fotografía y el modelaje.

Pero se había cansado de todo eso después de casi quince años. Llevaba ya un tiempo que las ofertas no le llovían. La treintena le hacía complicado competir con las jovencitas que tenían la misma edad que cuando ella empezó. Había hecho mucho dinero, había ahorrado mucho, invertido con inteligencia y ahora no sabía por dónde seguir.

Su vida personal era un desastre. Muchos hombres habían confundido su trabajo con su vida personal. Habían tratado de seducirla, de violarla cuando se había negado, de ningunearla cuando no la habían conseguido, de aprovecharse de ella... estaba cansada de todo eso.

Era mayor para seguir siendo modelo, pero podía ser lo que quisiera... incluso quizá hasta podía ser madre... quizá así entendiera porque su madre la había abandonado al nacer...

Negó con la cabeza. Hacía mucho tiempo que se había prometido no pensar en su madre. Solo iba a pensar en ella misma. A fin de cuentas, en su vida no había nadie más.

El agua del lago la tranquilizaba, la relajaba. Había mucha vida en la pradera en la que estaba: familias jugando, parejas paseando... un embarcadero que ofrecía excursiones, una pintoresca pizzería más allá, una coqueta sala de exposiciones enfrente... quizá Edentown era un buen sitio para vivir. Quizá su coche se había parado allí por algo.

Tenía que quedarse allí por lo menos tres o cuatro días. Quizá pudiera encontrar qué hacer con su vida. A fin de cuentas, si había recorrido casi todo el país de punta a punta sin rumbo no iba a pasar nada si descansaba junto a ese lago tres días o alguno más, incluso. Sin prisa.



Cuando volvió paseando hasta la gasolinera vio a tres jóvenes trabajando alrededor de un coche negro con la música a tope. No vio al hombre que le había atendido.

Los tres jóvenes la miraron con la boca abierta. Era una reacción a la que ya estaba acostumbrada, se pusiera la ropa que se pusiera.

—Supongo que estoy buscando a ... ¿vuestro jefe? —les preguntó seria.

Los tres asintieron señalando un coche rojo. Ella fue hacia él para ver debajo del coche unas piernas moverse al ritmo de la música. Le empujó ligeramente con la punta de sus sandalias.

Dexter notó el pequeño empujón en sus tobillos. Miró desde donde estaba. ¿Unas sandalias? ¿Una mujer quería verlo? Se sobresaltó sin darse cuenta de que estaba bajo un coche y soltó un juramento cuando se dio el golpe.

Salió con la mano en su frente ayudándose de las ruedas de la camilla sobre la que estaba.

—Brownie.

—Bronwyn —insistió ella ya no tan molesta—. ¿Era cierto lo de la habitación en casa de tu madre?

—¿No prefieres estar conmigo? —le preguntó con su sonrisa atractiva mientras se levantaba.

—No —le dijo sincera—. El hotel está lleno y en la inmobiliaria tampoco he encontrado nada que me pudiera servir. Solo serán unos días.

Dexter le miró a los ojos. Si por él fuera sería mucho más que unos días.

—Está bien. Voy a hablar con ella —le dijo—. Pero no te sorprendas de verme a la hora de la cena.

—Es tu madre —le respondió ella encogiéndose de hombros.

—No, eres tú. —le dijo directo limpiándose la grasa de las manos en un trapo no muy limpio—. Eres la mujer más bonita que he visto nunca. No puedes culparme por querer estar contigo.

Bronwyn levantó las cejas sorprendida por sus palabras tan directas.

—No quiero saber nada de ningún hombre —le dijo sincera—. No es nada personal, no te conozco, pero tampoco quiero hacerlo ¿De acuerdo?

—No —le respondió él cogiendo su teléfono móvil y buscando el teléfono de su madre—. Respeto tu decisión, pero no la comparto. No pretendo molestarte, Bronwyn, pero no voy a dejar pasar la oportunidad de conocerte.

Bronwyn le miró ligeramente sorprendida por su rotundidad mientras lo oía hablar con su madre. Ella tenía claro que no quería saber nada de ningún hombre y eso incluía, por supuesto, un mujeriego de ojos verdes por muy atractivo que fuera.

—Espérame un momento, y nos vamos —le dijo antes de entrar por una puerta de servicio.

Bronwyn asintió. Miró el taller con detenimiento. Era más grande de lo que parecía desde el exterior, y había varios coches dentro. Tenía ruedas colgadas en las paredes, un montón de estanterías metálicas llenas de cajas y herramientas. Los tres jóvenes seguían mirándola boquiabiertos. Cuando se vieron descubiertos fingieron seguir trabajando.

Dexter salió recién duchado con una camiseta de color claro y unos vaqueros.

—Vamos —le dijo cogiéndola de la mano—. Chicos, nos vemos mañana. Tom, encárgate tú de cerrar y si hay algún problema me llamáis al móvil.

Bronwyn se soltó de su mano, pero se dejó llevar. Cargaron sus tres abultadas maletas en un coche antiguo muy bien cuidado, y fueron en silencio hasta una bonita casa pintada en color blanco con un pequeño jardín delantero lleno de flores.



—Mamá, ya estamos aquí —exclamó Dexter abriendo la puerta y entrando con Bronwyn y las maletas.

Una mujer de cabello corto y castaño y grandes ojos del mismo color fue a recibirlos con una sonrisa acogedora.

—Hola bonita... —le saludó nada más verla, mirándola extrañada— ¿Nos conocemos de algo?

—No creo —le respondió amable Bronwyn dándose cuenta de que la mujer tenía un par de manchas de pintura azul en la frente.

—Qué raro... —comentó ella frunciendo el ceño—... yo nunca olvido una cara...

Dexter se sonrojó. Quizá debería quitar el poster que tenía todavía en la puerta del armario de su dormitorio. Su madre se sorprendería si descubría que la mujer escultural y sin apenas ropa que aparecía en esas imágenes, estaba en carne y hueso bajo su mismo techo.

—Brownie, mi madre, Adrienne —les presentó cerrando la puerta tras las maletas.

—¿Brownie? —sonrió extrañada— ¿Cómo lo que te gusta desayunar? —miró a su hijo.

Dexter se limitó a encogerse de hombros, atractivo.

—Bronwyn —sonrió ella mirando ceñuda a Dexter—. El coche me dejó tirada en la gasolinera y no hay sitio en el hotel...

—Estamos en temporada alta —le explicó Adrienne—. Sube las maletas a la habitación de invitados, Dexter.

—Solo serán unos días —le dijo Bronwyn—. En cuanto... Dexter... arregle mi coche seguiré

mi viaje.

— Te serviré una limonada recién hecha, hace mucho calor—le comentó llevándola hasta la acogedora cocina— ¿Dónde ibas?

—Lo cierto es que no lo sé—le confesó sentándose a la mesa frente a ella—. Cerré mi piso en Los Ángeles y empecé a conducir.

Adrienne la escuchaba atenta.

—¿Has atravesado el país sin rumbo fijo?

Bronwyn asintió ligeramente incómoda. No estaba acostumbrada a dar explicaciones. Tampoco había quien se las pidiera. Pero la cercanía de Adrienne parecía que le había soltado la lengua.

—Sí... solo sabía que quería irme...

—Un buen viajero no tiene planes fijos ni la intención de llegar —comentó con una sonrisa—. Edentown es un buen lugar para empezar de nuevo... a no ser que tengas otros planes.

Bronwyn negó con la cabeza.

—No tengo ninguno —sintió que la coraza que sentía que tenía por dentro empezaba a resquebrajarse y la sensación no le gustaba en absoluto.

—¿Y para mí no hay limonada? —le preguntó Dexter acercándose a su madre y cogiéndola por los hombros con cariño— ¿Has estado pintando?

Bronwyn lo miró sorprendida por la muestra de cariño. Su imagen de hombre duro amenazaba con desaparecer. Envidió esa manera de abrazar a una madre...

—Sí —le sonrió Adrienne mientras le servía la limonada—. En el jardín trasero. Es para la exposición que quiere hacer Peter —le explicó a Bronwyn como si le interesara—. Pretende que la hagamos en quince días —sonrió divertida—. A nuestra edad haciendo exposiciones, quién nos lo iba a decir.

—Peter es el dueño de la pizzería que habrás visto en el lago —le comentó Dexter mientras seguían a Adrienne hasta el jardín—. Los lunes da clases de pintura.

—Que Jane aceptara la concejalía de cultura es lo mejor que le ha pasado a este pueblo en mucho tiempo— afirmó a Dexter.

—Jane es la hermana de Peter —le informó a Bronwyn.

Ella asintió sin pretender guardar esa información en su memoria.

—¿Qué os parece?

Los dos jóvenes asintieron sonriendo al ver el cuadro de diminutas flores amarillas que había sobre el lienzo.

Adrienne había ocupado una pequeña mesa de hierro forjado con un maletín lleno de pintura al óleo y pinceles. En medio estaba la imagen que trataba de plasmar en el lienzo con bastante acierto.

El móvil de Dexter sonó interrumpiéndoles. Él cogió el teléfono y con una mueca asintió.

—Joder... tengo que irme.

—Dexter Campbell, habla bien —le corrigió su madre seria.

—Tengo que irme —rectificó mirando a Bronwyn—. Pero vendré a cenar.

Bronwyn se sonrojó sin poder evitarlo. Por muy guapo que fuera, no iba a tener una aventura con él.

—Ven si quieres, pero no a molestar a Bronwyn —le avisó Adrienne que lo conocía perfectamente y suponía que habría intentado conseguir la atención de la joven—. Si ella hubiera querido habría ido a tu casa, que seguro que se la ofreciste antes que la mía.

Dexter miró al cielo resoplando antes de salir. Su madre lo conocía demasiado bien y eso no le iba a dar facilidades precisamente.

—Es un buen chico —le dijo sonriendo a Bronwyn nada más verlo salir—. Y no te lo digo porque será mi hijo. Que le gustan las mujeres... como al que más —negó con la cabeza—. Es guapo y lo sabe. Pero tiene un corazón que no le cabe en el pecho... ¿Qué te ha dicho? ¿Qué alquilo habitaciones?

Bronwyn asintió.

—Es la primera vez que lo hago —le sonrió divertida.

Dexter tendría sus razones para enviarla allí. Probablemente no habría sido capaz de dejarla a su suerte sabiendo que no había ningún sitio donde dormir por la zona.

—Querrás ducharte o descansar un poco —le dijo a su invitada—. Tu habitación está al fondo del pasillo, y tienes el baño al lado. Te he dejado unas toallas sobre tu cama. En el armario no te cabrá toda la ropa...

—Muchas gracias por todo —le sonrió ella—. Ya es demasiado... y si molesto...

—No te preocupes por nada y bienvenida a Edentown.

Adrianne le sonrió con cariño. Pese a ser tan extraordinariamente guapa y escultural, parecía buena niña, pensó... aunque le recordaba a alguien y no sabía a quién...



Después de la ducha, Bronwyn se sintió como nueva. Apenas había sacado nada de la maleta, así que, aún envuelta en la toalla, con el cabello húmedo y suelto, buscó un vestido cómodo que ponerse. El cansancio se había evaporado con el agua fresca, pero a su cuerpo solo le apetecía descansar. Vio el vestido que quería y tiró de él haciendo que un sobre muy antiguo cayera al suelo.

Se arrodilló para cogerlo con un nudo en la garganta. ¿Cuánto hacía que no lo abría? Lo había metido en la maleta sin querer pensar en él. Se sentó sobre la cama ligeramente temblorosa. Le dolía abrirlo. Le dolía recordar que su madre la había dado en adopción a los dos días de nacer. Sabía que su madre tenía dieciséis años en ese momento. Con eso trataba de justificarla, pero no evitaba que le doliera ese rechazo.

Quizá era buen momento ahora que no tenía nada que hacer que tratara de buscarla. De pedirle explicaciones... Si todavía estaba viva, claro... tendría poco más de cincuenta años... pero apenas tenía ningún dato de ella... solo su lugar de residencia cuando ella nació... Quizá algún archivo del hospital pudiera decirle algo... ¿De dónde era? No lo recordaba. Abrió el sobre con la documentación que su familia de acogida le había dado antes de echarla de casa a los dieciséis años. Quizá sí que era buena idea tratar de encontrarla. Miró su partida de nacimiento... y las lágrimas nublaron su vista mientras empezaba a temblar. ¿Edentown? Con razón le sonaba ese nombre nada más llegar... ¿Su madre había vivido allí? ¿El coche la había dejado tirada justo en ese sitio? Había pedido una señal para saber qué hacer con su vida y aparecía allí, con la cantidad de lugares por los que había pasado... Las lágrimas empezaron a resbalar silenciosas por sus mejillas.



—Adrianne... ¿Hay algún hospital en el pueblo? —le preguntó poco después cuando bajó con un amplio vestido floreado y la encontró lavando unos tomates bajo el grifo de la cocina.

—No... pero tenemos un consultorio médico —le explicó— ¿Te encuentras mal?

Negó con la cabeza ligeramente decepcionada.

—No, solo lo preguntaba... no sé qué de grande es este pueblo...

—A unos cuarenta kilómetros tienes la ciudad más cercana, y allí sí que hay hospital, pero cualquier urgencia te la pueden atender en el consultorio —le explicó.

Bronwyn asintió.

—¿Te puedo ayudar? —le preguntó ligeramente sorprendida por estar compartiendo la cocina con una desconocida y sentirse tan a gusto.

¿Cuánto tiempo hacía que no se encontraba en un ambiente familiar? Llevaba viviendo sola desde los dieciséis años. Primero en el pequeño dormitorio de un piso compartido, luego ya en los diferentes apartamentos por los que había pasado.

—No hace falta, cariño ... la cena estará en un momento. Dexter ha llamado y ha dicho que no podrá venir... no sé qué urgencia con la grúa. Ahora en temporada alta tiene más trabajo.

Bronwyn fingió que no le importaba. No sabía por qué, pero esperaba verlo, pese a que no quería saber nada de ningún hombre.

—Con tanto turista... —comentó distraída.

—Sí. El resto del año además de los coches del pueblo tiene no sé qué contratos con varias empresas de alrededor para el mantenimiento de sus flotas. Trabajo no le falta, cosa de la que me alegro. Creí que iba a llevar peor lo de quedarse aquí para hacerse cargo del taller cuando falleció mi marido, pero lo cierto es que se adaptó muy bien.

Bronwyn asintió. Con mujeres cerca cayendo rendidas a sus pies, no me extraña, pensó.

—Mis hijas volaron del nido, pero Dexter volvió, y reconozco que es algo que agradezco cada día.

Bronwyn asintió con una sonrisa. Por lo menos tenían un nido al que volver.

Se notaba ansiosa, intranquila, nerviosa... ¿Por qué había tirado las pastillas para la ansiedad después de dos días de viaje y no haberlas utilizado? Se podría haber tomado un par y estaría un poco más relajada.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Adrienne viendo su pálida cara dejando lo que estaba haciendo.

Bronwyn fingió una sonrisa mientras trataba de coger aire con gran esfuerzo.

Adrienne pasó un brazo sobre su hombro y la llevó al jardín trasero.

—Respira hondo —le ordenó—. Varias veces. A mi Valerie le pasaba esto antes de tener cualquier examen.

Bronwyn obedeció. Cogía aire, pero parecía que no lograba retenerlo.

—Poco a poco —le recomendó haciendo ella lo que quería que Bronwyn hiciera.

No había que ser muy lista para pensar que una chica joven y guapa con tres maletas en el coche y sin destino al que llegar no estaba en su mejor momento. No sabía cuáles serían sus problemas, pero si una hija suya se encontraba algún día en una situación similar, le gustaría que alguien la cuidara.

Cuando Bronwyn recobró la respiración las lágrimas empezaron a fluir incontroladamente. Sentada en cuclillas escondió la cara entre sus brazos. No esperaba comportarse así y menos en público, ante una desconocida. Las lágrimas fueron a más. Adrienne se sentó a su lado en silencio, dándole tiempo.

—Lo siento —le susurró cuando pudo controlar sus emociones—. No sé qué me ha pasado.

—Quizá que llevabas mucho tiempo guardando las lágrimas —le dijo cogiéndola de la mano.

—Supongo que sí —le respondió secándose las mejillas con la mano que tenía libre.

—¿Quieres hablar? —le preguntó Adrienne—. Desahogarse siempre viene bien, y a mí se me

da muy bien escuchar.

Bronwyn se encogió de hombros.

—No es nada... —sus lágrimas volvieron a aparecer.

—Pues no lo parece —le sonrió Adrienne—. No te preocupes, no te sientas presionada... Ya sabes dónde estoy si quieres sacar un día todo lo que llevas dentro.

—En unos días me iré —le aseguró.

—Pues si dejas en Edentown toda tu tristeza, me daré por satisfecha.

Bronwyn asintió secándose las lágrimas de nuevo. No estaba acostumbrada a hablar de sus problemas con nadie. Las amigas que había tenido no lo habían sido tanto, y los hombres con los que se había relacionado no estaban dispuestos a escuchar lo que ella sentía. Así que estaba acostumbrada a ocultar sus sentimientos y sus pensamientos. Había habido épocas en las que los tranquilizantes y las pastillas para dormir habían sido sus mejores amigas, pero después de pasar dos veces por clínicas de desintoxicación, trataba de recurrir a ellos lo menos posible.



Dexter llegó muy temprano a casa de su madre. Quería volver a ver a Bronwyn. Si de por sí la veía todos los días en el armario de su propia casa y en la oficina, verla en carne y hueso era algo de lo que no quería privarse. Si esto le hubiera pasado en la universidad no se podía imaginar cómo hubiera reaccionado.

Adrienne sonrió extrañada. Su hijo, tan mujeriego como había sido, no hacía más que mirar nervioso hacia la puerta de la cocina. No recordaba haberlo visto así nunca. Antes de abrir el paquete que había traído de la pastelería ya sabía lo que había dentro. Brownies.

Lo miró con la ceja levantada.

—No me mires así. Sabes que me gustan para desayunar —le dijo con una mueca.

—Sí, hijo, lo sé —le sonrió divertida dándole una taza de café—. Sabes que en unos días se ira ¿verdad?

Dexter se encogió de hombros. No si por él fuera, pensó. ¿Qué podía hacer para retenerla? Acostarse con ella era algo que sin duda pretendía hacer, pero sabía que una vez no sería suficiente, ni dos, ni tres. ¿A quién quería engañar? Llevaba enamorado de ella desde que la había visto en una revista en la universidad. No se la había podido quitar de la cabeza por más mujeres que había conocido y pasado por su cama. El llevarse su imagen allá donde fuera no le había facilitado las cosas, pero no le había importado. Ella había estado a su lado en los buenos momentos y en los malos, formaba parte de su vida, y pensar en sacarla era algo que no se quería plantear.

—Adrienne, ¿Dónde está la biblioteca? —preguntó entrando por la puerta vestida con un mono corto de color rosa.

Dexter la miró con una sonrisa que iluminó la cocina. Era imposible ser más guapa, pensó nada más verla.

—Buenos días.

Bronwyn le devolvió la sonrisa. Le parecía más guapo que el día anterior. Quizá porque no estaba tratando de ligar con ella.

—Hace esquina en la calle central —le explicó Adrienne —¿Has dormido bien?

—Sí —reconoció asintiendo también con la cabeza—. Gracias.

—Mira —le señaló la mesa de la cocina— prueba un ...brownie —miró a su hijo con una mueca divertida—. Realmente están muy buenos. Carolyn, la dueña de la pastelería, tiene unas

manos....

Bronwyn asintió mirándolos. Ya no era modelo. Ya no iba a dedicarse a eso. No hacían falta las dietas continuas ni el recuento de calorías. Afortunadamente su cuerpo siempre había sido muy agradecido y no engordaba con facilidad, pero pocas veces se había permitido algún capricho dulce.

Aceptó la taza de café que le ofrecía Adrienne y se sentó a la mesa pensando todavía si aventurarse con el dulce.

Decidió que se permitiría ese capricho. Seguro que ese exceso en calorías y chocolate le reconfortaba mientras buscaba información en la biblioteca sobre el antiguo hospital de Edentown. Quería saber dónde se había enviado la documentación o los registros que allí habría. Suponía que figuraría el parto de una adolescente de hacía poco más de treinta años.

Cerró los ojos mientras lo saboreaba. Estaba buenísimo.

Dexter no podía dejar de mirarla. Quizá ese fuera su gesto cuando...

—¿No piensas ir hoy a trabajar, Dexter? —le interrumpió su madre que había intuido los pensamientos de su hijo.

—Sí... ahora voy... —le dijo remoloneando—. ¿Vas a tu clase de pintura?

Vio que tenía el maletín de pintura junto a la puerta.

—Sí —le dijo orgullosa—. Hoy es lunes. Mildred vendrá a buscarme. Bronwyn, de camino está la biblioteca. Podemos acompañarte hasta allí.

—Pues muchas gracias —asintió ella disfrutando del brownie—. Solo tengo que coger el bolso y estoy preparada.

—Hoy no te espero a cenar ¿verdad? Tienes tu partida de póker.

Dexter asintió arrastrando los pies para alejarse de la cocina. Prefería quedarse allí con ella, o acompañarla a la biblioteca. Sabía que estaba comportándose como un adolescente, pero no podía evitarlo. Suspiró cuando cerró la puerta tras él. Está bien, era hora de comportarse como un hombre, se dijo. El martes la invitaría a cenar a la pizzería...o mejor no... quizá Peter la reconociera, habían compartido la habitación en la universidad... Irían a otro sitio. Había más restaurantes en Edentown...



Cuando llamaron a la puerta, Adrienne le pidió a Bronwyn que abriera mientras terminaba de coger sus cosas.

Una mujer de cara risueña y amable la miró extrañada. Su corazón había dado un vuelco nada más verla.

—¿Eres Mildred? —le preguntó Bronwyn abriéndole la puerta a una mujer un poco más joven que la madre de Dexter.

La mujer de bonitos ojos azules asintió con la cabeza confundida.

—Adrienne está terminando de coger sus cosas.

Mildred volvió a asentir distraída.

Adrienne salió tras ella.

—Mildred, esta es Bronwyn, está de paso en Edentown —le explicó—. Dexter le está arreglando el coche. La acompañaremos a la biblioteca y luego nos vamos a pintar. Mildred tiene una peluquería en la calle principal.

Mildred asintió. No recordaba haberla visto antes, pero no le parecía totalmente desconocida.

El camino hasta la biblioteca se le hizo corto. Adrienne y su amiga no pararon de hablar

emocionadas sobre su próxima exposición. Bronwyn se divertía con los comentarios entre ellas. Supuso que debía ser bonito y agradable tener una amiga con la que compartir alguna afición.

Entró en la biblioteca y una mujer de su misma edad rubia y guapísima la recibió seria mientras mandaba callar a unos adolescentes.

—Me parece perfecto que lean en verano, realmente es lo mejor que pueden hacer —le explicó sin cambiar su expresión—, pero no es tan difícil estar en silencio, ¿no?

Bronwyn negó con la cabeza. No sería ella quien le llevara la contraria.

—¿En qué puedo ayudarte? Eres nueva por aquí, ¿no? —le preguntó Jane Muldoon a la bonita desconocida de ojos azules.

Bronwyn asintió.

—Quería buscar información sobre el antiguo hospital de Edentown.

Jane la miró extrañada.

—¿El antiguo hospital?

—Sí, creo que hubo uno...

—Sí, pero se quemó hace mucho tiempo... yo creo que todavía iba al colegio. Ahora nos derivan al que hay...

—¿Se quemó? —la interrumpió abatida—. ¿Dónde puedo encontrar algo sobre él? ¿O dónde se guardaron los archivos?

Jane negó con la cabeza.

—Creo que se quemó todo. Pudieron evacuar a los pocos ingresados que había afortunadamente —le explicó—. O bueno, eso es lo que yo recuerdo, pero —le señaló unos ordenadores junto a la pared— quizá encuentres la información que buscas en internet.

Bronwyn asintió. Fue hacia uno de los ordenadores y se sentó frente a él ligeramente aturdida.

A ver, si no encontraba nada sobre su madre, tampoco pasaba nada, se dijo a sí misma. Llevaba muchos años sin saber de ella, podía seguir así toda su vida. ¿Qué pretendía hacer cuando la encontrara? ¿Llamar a la puerta y cuando la abriera decirle: «hola, soy la hija que abandonaste a los dos días de nacer? ¿Quiero saber porque no me querías? ¿Por qué me dejaste sola? ¿Alguna vez has pensado en mí?»

Suspirando empezó a buscar por internet.

No sabía el rato que llevaba cuando oyó que la puerta se abría y entraban Adrianne y Mildred. Las vio hablar con la joven rubia con expresiones preocupadas mientras ella asentía.

Bronwyn decidió dejar el ordenador. No había podido encontrar ninguna información. El incendio parecía que había arrasado con todo, y no sabía por dónde seguir. Podía recorrerse los pueblos de los alrededores para saber si habían recibido informes médicos o los registros del hospital de Edentown y ver si había algo de información sobre una joven que hubiera dado a luz una niña, pero no tenía el coche arreglado. Quizá le pidiera el suyo a Dexter. Ya que estaba en Edentown, algo de información tenía que encontrar. No podía ser una broma cruel del destino, llevarla allí para nada.

—¿Te vienes ya a casa? —le preguntó Adrianne al verla levantarse.

—Sí —le dijo ella—. No he encontrado lo que buscaba.



A primera hora de la tarde fue al taller mecánico. Enseguida vio a Dexter incorporado sobre el motor de un coche mientras explicaba algo a los tres chicos que ya había visto la última vez que había estado.

Los chicos dejaron de prestarle atención así que Dexter siguió la dirección de sus miradas para verla acercarse. No se cansaría de mirarla nunca, pensó dejando todo y dirigiéndose a ella.

—Dime que no es un sueño, que realmente me estás buscando —le sonrió atractivo.

Bronwyn le hizo una mueca antes de que él se detuviera frente a ella.

—¿Cómo va mi coche? —le preguntó a la defensiva.

Dexter se lo señaló en un rincón del taller.

—En tres días supongo que lo tendrás, Brownie, pero si solo querías saber eso, podías haberme llamado por teléfono.

Bronwyn lo miró malhumorada. Estaba claro que la iba a llamar como le diera la gana.

—Necesitaría un coche para... para...hacer unas cosas... ¿tienes alguno de alquiler o sabes dónde puedo conseguir uno?

Dexter buscó las llaves en su bolsillo del pantalón y se las dio.

—Ahí lo tienes —le señaló su propio coche—. Conduce con cuidado —le dijo antes de girarse.

—Pero ese es tu coche —le respondió ella sin moverse.

—¿Algún problema?

—No, pero... quería alquilarlo —se sentía mejor si por lo menos, le pagaba el favor.

—Invítame mañana a cenar y asunto arreglado —le dijo arriesgándose a una negativa.

Bronwyn se quedó parada. No sabía qué hacer. Gracias a él tenía un lugar donde dormir y ahora un coche para seguir con sus averiguaciones. Una cena no les haría daño, supuso, pero realmente no quería ninguna relación con nadie.

Dexter se giró para verla pensativa. Estaba preciosa.

—Te paso a buscar mañana a las siete —le dijo.

—La próxima vez —le respondió ella sintiendo que cogía las riendas.

Dexter asintió con una sonrisa.

—Me alegra saber que habrá una próxima vez.

Ella le devolvió la sonrisa. Tenía claro que ese hombre solo la pretendía por su físico, no por su dinero o sus contactos, ahora ya eliminados de su vida. Hacía tiempo que no se encontraba en esa situación. De cualquier manera, ella era mucho más que un cuerpo bonito... aunque pocos se tomaban el tiempo necesario para comprobarlo.

Se subió a su coche y le sorprendió verlo tan limpio y cuidado por dentro como por fuera. En algún sitio había oído que un hombre que cuidaba su coche significaba que a una mujer también la iba a cuidar... pero también había conocido hombres que le hacían más caso a su coche que a ella misma una vez que creían que la tenían segura.

Bah, no quería saber nada de hombres. Sacó de su bolso el mapa de carreteras y se dirigió al hospital más cercano... a cuarenta kilómetros.



El sol ya se estaba poniendo cuando volvió a Edentown más abatida de lo que pensaba que podía sentirse. Se repetía una y otra vez que llevaba toda su vida sin saber nada de su madre, y que podía continuar igual, pero no terminaba de creérselo.

Que la divina providencia la hubiera llevado hasta Edentown desde la otra punta del país debía significar algo.

Decidió acercarse al lago antes de recogerse en casa. En la casa de una extraña, pensó...

Había bastante gente paseando de la mano, niños jugando, perros corriendo juguetones de lado

a lado. Mirara donde mirara se respiraba tranquilidad y armonía.

¿Y si se quedaba allí? ¿Y si el destino había querido que continuara su vida, donde realmente había empezado? No le pareció mala idea. Podría alquilar una casa y buscar un trabajo... ¿Un trabajo? No se imaginaba trabajando para nadie. Además, no tenía experiencia de nada. No había pisado la universidad, y apenas recordaba sus primeros trabajos como dependienta en alguna tienda porque enseguida había empezado como modelo de fotografía. ¿Así qué iba a encontrar? ¿Qué trabajo podía buscar? Tenía mucho dinero ahorrado, apenas se había dado caprichos en toda su vida, pero no sabía estar ociosa, no se sentía bien con ello.

El sol terminó por esconderse y alguna estrella empezó a brillar. Quizá podría recibir alguna señal antes de que su coche estuviera arreglado... esperaba que en un par de días.

No le apetecía moverse. No tenía prisa. Que estuviera acostumbrada a estar sola no significaba que le gustara. Suponía que eso podía cambiar. Quería pensar que sí que podía cambiar.

—¿Qué te hace fruncir el ceño de esa manera? —le preguntó Dexter sentándose a su lado.

La había visto mientras se dirigía a su casa después de la partida de póker en casa de su amigo Peter, donde había perdido estrepitosamente todas las partidas por estar distraído pensando en ella. Parecía pensativa y triste, su imagen distaba mucho de la que conservaba plastificada, pero le seguía atrayendo y mucho. En ese momento solo deseaba abrazarla y quitarle esas preocupaciones a las que parecía dar vueltas.

Bronwyn se sobresaltó y miró la hora.

—Se me ha hecho tarde —exclamó sorprendida de lo rápido que había pasado el tiempo.

Hizo ademán de levantarse, pero Dexter le cogió la mano con suavidad.

—No pienso molestarte —le dijo él—. Y si quieres, puedo irme. Pero sé escuchar muy bien.

Bronwyn lo miró extrañada. No parecía que en ese momento quisiera intimar con ella y eso lo agradecía. No tenía ganas de tonterías y podía ser muy desagradable con un hombre si se lo proponía. Aunque no le gustaba el afán de mujeriego de Dexter, no se merecía un desplante.

—Solo estoy pensando ... —no estaba acostumbrada a compartir sus problemas con nadie y no supo seguir.

Había ido varias veces a una psicóloga, pero de eso hacía ya bastante tiempo.

—A ver si te puedo ayudar... te recorres el país sin rumbo con tus maletas y sin nadie a quien llamar si tienes una avería... No parece que huyas de nada porque estás tranquila... ¿Quizá buscas empezar de nuevo?

Bronwyn lo miró extrañada. ¿Quizá ella era demasiado transparente?

—Podría ser...

—Este es un buen sitio... no conozco a todos los que viven en Edentown, pero a ver... Megan, la dueña de la inmobiliaria vino aquí de camino a ningún sitio y se quedó... Laurel, la mujer que regenta el hotel al que fuiste a preguntar, vino aquí para superar su divorcio y se quedó... Lacey, que trabaja en la peluquería con Mildred le pasó algo similar... la mujer de mi amigo Peter, también cambió aquí su vida... y no solo mujeres, podría hablarte de Mike, el veterinario, Dave que da clases en el colegio... Edentown es un buen lugar para empezar de nuevo...

Bronwyn le escuchaba atenta.

—Supongo que podría planteármelo.

—Y si no te gustara... o no encontraras suficientes razones para quedarte, siempre podrías volver a coger las maletas e irte.

Bronwyn asintió encogiéndose de hombros.

—¿Cómo va mi coche?

Dexter sonrió.

—Estoy tratando de convencerte para que te quedes y lo primero que me preguntas es por cómo va tu coche para salir corriendo. Algo debo estar haciendo mal.

Bronwyn le sonrió llegándole al alma. Dexter solo pensaba en abrazarla.

—No... te iba a decir que no tuvieras prisa.

Dexter sintió que su corazón empezaba a dar saltos de alegría en su interior. Si podía conseguir más tiempo para conquistarla, tenía suficiente. Lo que no sabía era cómo hacerlo.

Siempre le había sido muy fácil conseguir compañeras de cama. Era guapo y lo sabía. Tenía un buen cuerpo, sus esfuerzos le costaba, y lo sabía. Era bueno en la cama, y no solo lo sabía, sino que se había corrido la voz facilitándole las cosas mucho más, pero solo había buscado sexo, que era lo que quería.

Con ella el sexo no sería suficiente y también lo sabía. Quería tenerla cerca, a su lado, despertarse con ella, bailar con ella, verla en su cama todas las noches, en su cocina, en su salón...

Bronwyn decidió probar. Realmente no tenía prisa por irse. Podría intentarlo. Sonriendo se levantó.

—Creo que ya es hora de que me vaya —le dijo—. Gracias por la conversación.

Dexter se levantó con una sonrisa.

—Voy a acompañarte a casa. Si quieres me meto las manos en los bolsillos. Pero no voy a perder la oportunidad de estar contigo ni un momento.

Bronwyn asintió mientras él caminaba a su lado con las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Bueno, si me quedo, vas a verme mucho más.

—Y me encantará hacerlo, pero lo que quiero es que tú también me veas a mí.

—Te aseguro que te veo —le dijo ella con una media sonrisa.

—No —le respondió él más serio—. Quiero que me veas de verdad.

Bronwyn lo miró seria.

—No quiero ninguna relación —le avisó.

—Sí, tengo esa impresión —le contestó molesto con las manos aún en sus bolsillos.

—Lo digo en serio —insistió—. No dudo de que seas agradable, seas muy bueno en la cama o me hagas pasar un buen rato. Pero no me interesa nada. No te lo tomes como algo personal.

Dexter asintió tratando de ocultar el fastidio y la decepción que sentía.

—Espero hacerte cambiar de opinión.

Bronwyn negó con la cabeza.

—Me extrañaría que lo consiguieras, y más si decido quedarme en Edentown. No me gustaría que fueras la razón que me hiciera largarme de aquí.

—¿Puedo pensar entonces que la razón que te sacó de Los Ángeles fue un idiota que no supo valorarte lo suficiente?

Bronwyn sonrió. Le parecía que había pasado demasiado tiempo desde que se había ido de Los Ángeles, y solo había pasado una semana. Una semana larga, que había pasado conduciendo la mayor parte del tiempo.

—Unos cuantos idiotas —reconoció— y muy malas ofertas de trabajo.

Cuando había empezado no le había importado tomarse fotos en ropa interior, cuidadas y bonitas, pero los tiempos habían cambiado y las fotos en ropa interior o semidesnuda que le ofrecían en esos momentos rayaban la pornografía y no estaba dispuesta a ello.

—Pues vas a tener suerte, Brownie —le dijo esperando su mueca de fastidio, que fue inmediata—. Yo no soy tan idiota como aquellos que dejaron que te fueras.

—Ya te he dicho que no quiero ningún tipo de relación —le recordó.

—Por eso llevo las manos en los bolsillos —le contestó Dexter—. Créeme que me está costando mucho.

Bronwyn le sonrió negando con la cabeza. Por lo menos no insistía y la respetaba, algo totalmente nuevo para ella.

Llegaron hasta la puerta de la casa de Adrianne que tenía todas las luces apagadas.

—¿Puedo invitarte a cenar algún día?

Bronwyn negó con una sonrisa.

—Gracias, pero no quiero...

—Sí, ya lo sé... no quieres ninguna relación —le repitió—. Solo es una cena.

—Que querrás que acabe de determinada manera...

Dexter le mantuvo la mirada.

—No querré que acabe nunca.

—Pues eso es demasiado tiempo —le sonrió ella—. Gracias por todo.

Dexter la vio entrar en la casa de su madre y se sentó en los escalones del porche pensativo.

Tendría que idear un plan para conquistarla... algo que nunca había hecho por ninguna mujer hasta ese momento.



A la mañana siguiente, Bronwyn se encontró a Adrianne en la cocina y entró decidida a hablar con ella.

—Buenos días, Adrianne —le dijo con una sonrisa—. ¿Te importaría si me quedara algunos días más?

Adrianne negó sonriéndole mientras le ofrecía una taza de café.

—Me parecería perfecto —le respondió.

—Te pagaré...

—Ni se te ocurra pensar en eso...

—Bueno, pero...

—No —le dijo Adrianne—. Es la primera vez que Dexter trae a una mujer a casa. Él tendría sus razones para ofrecerte mi habitación y no la suya...

—La suya la decliné —le sonrió.

Adrianne asintió con una sonrisa.

—De cualquier manera, si has decidido quedarte...

Dexter entró por la puerta de la cocina con una bolsa de la pastelería.

—Buenos días —les dijo al ver que las dos se quedaban calladas—. Os traje para desayunar...

—¿Brownies? —le preguntó su madre divertida.

Intuía que algo ocurría entre su hijo y su invitada.

—Ya sabes que no me canso de ellos —miró a Bronwyn a los ojos.

—Toma un café...

—No, tengo que irme al taller ya mismo, solo quería deseáros buenos días.

Salió tan rápido como había entrado ante la atenta mirada de las dos mujeres.

—Es muy buen chico —comentó Adrianne—. No me explico por qué no tiene pareja... —miró a Bronwyn—. Bueno, que sé que mujeres ha tenido muchas... hay algunas cosas que una madre no querría oír, te lo aseguro —le sonrió—. Pero ninguna le ha convencido o qué se yo...

Bronwyn la escuchaba con una sonrisa. Ella tampoco podía explicárselo. Dexter era muy

atractivo y su mirada junto con su media sonrisa podía hacerte olvidarte de todo, pensó, pero ya no era un adolescente que podía estar pasando de una a otra... a no ser que fuera su estilo de vida...

—Cualquier día sentará cabeza —le respondió.

—Si ya la tiene muy asentada —le contestó Adrienne colocando el plato de brownies sobre la mesa entre ellas—. Eso es lo que me preocupa. Que se haya acostumbrado a una vida solo, esperando a alguien que no existe.

Bronwyn se encogió de hombros. Solo no se estaba tan mal, pensó en ella misma en ese momento.

—Bueno, cariño, me decías que pensabas quedarte algún día más —la recondujo al principio de la conversación que habían comenzado.

—Sí —le respondió—. Estoy planteándome... no sé... quizá quedarme por aquí...

—Pues es muy buena idea —le dijo ella—. Este es muy buen sitio para empezar de nuevo.

—Sí, Dexter ya me contó varios casos...

—Sí —asintió Adrienne— ¿Y tu familia vive muy lejos de aquí?

Bronwyn bajó la vista. Adrienne se arrepintió de la pregunta. Probablemente si hubiera tenido familia cerca no estaría durmiendo en su casa.

—Perdona, Bronwyn, a veces hablo sin pensar.

—No... no pasa nada —le respondió ella dando un sorbo a su café—. No tengo familia.

—¿Nadie? —le preguntó extrañada—. Perdona otra vez...

Bronwyn le sonrió.

—Mi madre me abandonó al nacer. Me acogió una pareja que cuando dejó de recibir la prestación social que recibían por tenerme en su casa me echaron. Así que me fui a Los Ángeles y enseguida empecé a trabajar. Así hasta hoy.

Adrienne la miraba triste sin saber qué decir.

—Vaya... lo siento... Bueno, nada dura para siempre, ni siquiera los problemas...

Bronwyn agradeció la mirada de compasión que rara vez había recibido.

—Ya pasó... El trabajo me fue muy bien... Gané mucho dinero...

Adrienne asintió bajando la mirada a su taza de café. Pero el dinero no compensa la falta de cariño, pensaba triste.

—Seguro que aquí encuentras lo que buscas —le dijo volviendo a mirarla mientras le cogía la mano para darle confianza.

Bronwyn pensó en lo que no había podido encontrar en los diferentes hospitales que había recorrido. Ojalá Adrienne tuviera razón y encontrara alguna respuesta.



Bronwyn decidió empezar por la inmobiliaria. Tendría que encontrar un piso donde empezar de nuevo.

La mujer pelirroja de vestido vaporoso y largo la saludó con una sonrisa.

—Sigues por aquí —le dijo Megan Saint James a la mujer que no había podido ayudar un par de días antes—. ¿Dejaron libre alguna habitación en el hotel?

—No —respondió Bronwyn incómoda ante la amabilidad de la desconocida de su misma edad—. Quería pedirte que me avises si aparece algún piso para alquilar.

Megan asintió cogiendo un bolígrafo y la agenda que había sobre la mesa.

—¿Qué buscas?

—Eso, solo un piso.

Megan asintió reconociéndose ante ella misma, unos años antes.

—Un piso de alquiler con uno o dos dormitorios...—repitió— ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

Bronwyn la miró extrañada por la pregunta. A ella qué le importaba.

—Te lo pregunto porque a veces es más fácil convencer a los propietarios si se aseguran un alquiler por más tiempo.

Bronwyn se encogió de hombros.

—Es que no lo he pensado.

—De acuerdo —asintió Megan mientras se oía un gemido en la sala—. Disculpa un momento.

Bronwyn la vio dirigirse hacia un carrito en el que no se había fijado y cogía un bebé en brazos.

Megan se desabrochó los botones superiores del vestido y le dio el pecho al pequeño que parecía que tenía hambre.

—Déjame tu nombre y tu teléfono y te llamo cuando encuentre algo.

Bronwyn asintió dándole la información que le había pedido mientras miraba al bebé de pelito claro. Quién podría abandonar a un bebé tan indefenso. Se recordó que su madre tenía solo dieciséis años, era una niña. Ella nunca se había planteado ser madre. Nunca le había durado tanto una pareja como para pensarlo si quiera.

—Me llamo Megan —le dijo volviendo frente a ella—. Bienvenida a Edentown, Bronwyn.

Bronwyn asintió distraída y salió de la inmobiliaria. Decidió desterrar todas las dudas y pensamientos negativos de su mente. Cogió aire y sonrió decidida a empezar de cero.

Lo siguiente sería un trabajo. Tenía que buscarse algo para hacer. Pero ¿el qué? Decidió pasear por los comercios de la calle principal. Quizá alguien buscara algún ayudante...

Un par de horas después se sentó en el banco de siempre frente al lago. No. Nadie buscaba ningún ayudante, y había varios locales en alquiler en los que no sabría qué hacer. Quizá Adrienne pudiera darle alguna idea de qué negocios hacían falta por la zona. Podía ser una aventura diferente... ¿Por qué no?



Adrienne estaba hablando por teléfono muy alterada cuando llegó. Nada más colgar recibió otra llamada que también la hacía gesticular demasiado, y así otra vez y otra vez más.

—¿Pasa algo? —le preguntó preocupada.

—Hay muy poca formalidad —le resumió muy molesta—. Acaba de dejarnos tirados el tipo que nos iba a montar la exposición. Peter está trabajando y no puede encargarse. Estamos en temporada alta... bastante hace que sigue dándonos clases de pintura en verano... Jane tampoco puede hacer nada al ser algo ajeno al ayuntamiento. Era un buen local.

—¿No hay otro? Otro local, digo —le preguntó extrañada.

—Seguro que sí —le respondió Adrienne—. Pero pensábamos exponer en quince días... no sé si encontraríamos otro local, o cómo sería....

—Pero si no lo buscas...

Adrienne se sentó frente a ella.

—Puede que tengas razón. Quizá encontremos un local asequible que nos lo dejen unos días y podamos montar la exposición... Te parecerá una tontería, no se trata de vender los cuadros, ni mucho menos, pero nos habíamos hecho ilusiones...

—Me pareció ver una galería de arte frente al lago.

—Claro, esa es la que pensábamos alquilar, pero el propietario ha cambiado de idea... No quiere abrirla o no sé lo que le ha dicho a Mildred que es la que me ha llamado.

Volvió a sonar el teléfono.

—¿Ves? Estamos todas un poco alteradas —se levantó para contestar de nuevo dejando a Bronwyn con una sonrisa.

Le parecía curioso cómo estaban reaccionando un grupo de mujeres cuyo mayor problema era no saber dónde exponer... podrían hasta exponer en el paseo del lago... sonrió... sería un bonito reclamo incluso turístico... incluso podían traer a más pintoras para participar... seguro que había más pintoras principiantes como ellas también interesadas, o alguna pintora reconocida también...

—¿Estás libre esta tarde Bronwyn? —le preguntó Adrienne entrando en la cocina con el móvil en la oreja.

Bronwyn asintió.

—Perfecto, esta tarde nos vemos. A las siete —le dijo a su interlocutor.

Bronwyn la miró esperando una explicación.

—Nos vamos a mirar locales —le contó satisfecha—. Mildred y Allison vendrán a buscarnos. A Mildred ya la conoces. Allison es la dueña de la floristería, aunque desde hace tiempo la lleva Gwen, su hija. Ella está más pendiente de los viveros.



Sin esperarlo, Bronwyn estaba paseando por la calle con tres mujeres muy habladoras e ilusionadas. Ella se dejaba llevar. Allison era más rubia y regordeta que sus amigas. Pensó lo agradable que le parecía esa situación, esa posibilidad de tener amigas y preocuparse por cosas tan sencillas como encontrar un local para una exposición.

Habían quedado también con Megan, que acudió sin su bebé, pero con una gran sonrisa. Se arrepintió de haberse mostrado tan distante con ella en su último encuentro. Vieron tres locales con ella, lejos de la avenida principal y del lago.

—Allí está tu chico —le señaló Mildred a Adrienne.

Todas miraron hacia el coche que se había quedado tirado en mitad de la calle y a Dexter que lo estaba intentando cargar en la grúa que conducía. Bronwyn se recreó mirándolo porque él no les estaba prestando atención. Guapo, atractivo, agradable, trabajador... ¿trabajador? ¿Por qué se planteaba eso? Para pasar un buen rato con guapo y atractivo valía. No, se recordó. No quería saber nada de ningún hombre. Pero volvió a mirarlo hasta que él le sorprendió la mirada. Bronwyn giró la cabeza hacia otro sitio tratando de disimular lo que a él le provocó una sonrisa.

—Bueno, señoras, pues esto es lo que les puedo enseñar —les dijo Megan llegando hasta la esquina de la biblioteca que ya estaba cerrada—. Si me entero de algún otro local les avisaré sin falta.

La vieron alejarse mientras decepcionadas empezaban a caminar hacia la galería de arte que había casi frente a la pizzería.

Bronwyn las seguía distraída. Las tres amigas se pararon frente al amplio escaparate vacío.

—Este lugar era ideal —comentó Mildred con una mueca.

Bronwyn también miró hacia dentro. Suelos de madera, paredes en blanco, apliques en negro... realmente era un local espacioso y elegante.

—¿No hacen exposiciones?

—No —le respondió Adrienne—. Hace un par de años sí que se hacían, pero el dueño lo cerró

de la noche a la mañana sin dar explicación.

—Como ha pasado ahora —añadió Allison.

—¿Y por qué no ha querido alquilarlo por un mes? Es dinero.

Las tres mujeres se encogieron de hombros.

—Vamos a avisar a Peter —sugirió Adrienne.

—Id vosotras —les dijo Allison—. A mí se me hace tarde. Ya me contaréis.

La vieron alejarse antes de cruzar la acera. Llegaron hasta la bonita pizzería y entraron. Bronwyn se dejaba llevar. Le sorprendió la típica decoración italiana tan realista y lo bien que olía.

Una mujer más bajita que ella, morena y de expresivos ojos verdes fue hacia ellas.

—Isabella, ¿Está Peter? —le preguntó Adrienne.

—Sí, claro —les respondió con una sonrisa metiéndose tras la barra para ir a buscarlo.

Salió un hombre alto y muy guapo, con una sonrisa preciosa.

—Decidme chicas —las miró sin prestarle a ella mayor atención.

—No hemos encontrado nada, Peter —le explicó Adrienne—. Los locales que hay ahora mismo en alquiler son o muy pequeños o demasiado grandes...

—No desesperéis —les aconsejó conciliador, como era su estilo—. Seguro que algo aparecerá en breve.

—La galería de arte era la mejor —comentó Mildred —¿Por qué alguien la llama «galería de arte» si no expone nunca nada?

—Bueno, aún tenemos esta semana para encontrar algo —les dijo Peter—. No os preocupéis.

Peter se había fijado en Bronwyn. Estaba tratando de recordar donde la había visto antes pero no lograba recordarlo. Una mujer tan guapa y con ese cuerpo, no era fácil de olvidar.

—¿Te conozco de algo? —le preguntó extrañado mientras Isabella ponía los brazos en jarras.

—No creo. Es la primera vez que vengo a Edentown —le respondió Bronwyn muy consciente de los celos que se habían despertado en la joven morena.

—No... hace tiempo... ¿A qué universidad fuiste?

—No fui a la Universidad —le respondió ligeramente avergonzada de reconocer que no tenía estudios.

—El coche la dejó tirada en la gasolinera —le explicó Adrienne—. Bueno, nos vamos, que tienes mucho trabajo. Solo queríamos avisarte para encontrar una solución y comentarla el próximo lunes.

Peter asintió viéndolas salir antes de mirar extrañado el ceño fruncido de su bonita esposa.

—No me mires así, Isabella, yo juraría que esa chica era amiga de Dexter en la Universidad, de Dexter no mía...

Isabella negó con la cabeza volviendo al comedor. Peter la siguió pensativo. Dexter no había tenido una relación duradera en su vida, sin embargo, él recordaba haberla visto muchas veces...



—Esto no puede quedarse así —comentó Mildred pensativa.

—No —le apoyó Adrienne mientras caminaban por la calle en silencio.

Bronwyn se fijó en que la grúa ya se había llevado el coche de mitad de la avenida y ya no veía a Dexter por ningún sitio.

Aunque no quisiera saber nada de él, era muy agradable de mirar. Peter, el hombre que acaba de conocer también era bastante guapo, pero no se había sentido atraída por él. ¿Por qué Dexter sí

y Peter no? Siguieron todas rumiando sus pensamientos en silencio hasta que se separaron.



Bronwyn se despertó sobresaltada con los golpes en la puerta de la casa. Salió de su dormitorio preocupada. No vio a Adrienne por ningún sitio. ¿Quizá se había ido sin las llaves? ¿A esas horas? ¿Qué hora era? Fuera todo estaba oscuro. Bajó para abrir la puerta y encontrarse a Dexter visiblemente furioso.

—Me dejé las llaves —le explicó sin prestarle atención, mirando hacia la calle—. Dime que está mi madre en casa.

La miró. Su imagen le robó el aliento por segundos. Si no hubiera estado tan furioso, no hubiera podido evitar abalanzarse sobre ella y besarla hasta convencerla de llegar a mucho más. Con un minúsculo camisón rosado de seda y con el largo cabello alborotado era imposible mantenerse cuerdo a su lado.

—Si hubiera estado supongo que hubiera bajado ella —le respondió Bronwyn haciéndose a un lado para que él entrara.

Dexter se sacudió la cabeza ligeramente. No era momento para entretenerse recreando las fantasías que durante años habían calentado su mente y su cuerpo. Había ido allí por otra razón, se recordó.

—Esto es inaudito —musitó subiendo las escaleras para bajarlas poco después—. Hace unos minutos me han llamado de la comisaria para decirme que estaba allí encerrada. No me lo quería creer, pero no está en casa y el móvil no lo coge. Me voy a buscarla. Me va a oír.

—Voy contigo —le propuso Bronwyn somnolienta y extrañada.

Dexter la miró serio. No tenía tiempo ni ganas de discutir.

—Ponte algo decente, por favor.

Bronwyn se miró su ligero y costoso camisón.

—Esto es decente —argumentó frunciendo el ceño.

—No si quieres que deje de insinuarme —se quejó Dexter saliendo por la puerta—. Mejor te espero fuera. Después de haberte visto recién salida de la cama, necesito que me dé el aire.

Dexter bufó. ¿Qué aire? La noche era terriblemente calurosa.

Bronwyn subió corriendo las escaleras y cambió su camisón por un vestido peinándose rápida con las manos mientras bajaba las escaleras e iba hacia él.

—¿Así mejor? —le preguntó irónica.

—No —le gruñó Dexter cuando la miró de arriba abajo—. Eso también te lo quitaría de un mordisco, pero me vale para ir a la comisaría.

Bronwyn siguió a un muy enfadado Dexter hasta su coche. En un momento llegaron a la comisaría, en una calle no muy céntrica.

Era un edificio de ladrillo que podría pasar desapercibido de no ser por el letrero de la puerta. Estaba todo muy tranquilo y silencioso.

Un policía de mediana edad miraba distraído una revista sentado frente a la mesa de información.

—Vengo a buscar a mi madre. Me acaban de avisar que la habían arrestado...

—¿Ese es su coche? —le señaló impasible, desde donde estaba.

—Sí —respondió furioso girándose para asegurarse.

Por supuesto que lo había aparcado en la puerta. Era una urgencia, por lo menos para él.

—Está prohibido aparcar donde lo ha dejado. Apárquelo bien y vuelva.

—¿De verdad? Son las tres de la mañana, agente ¿Quién espera que aparque ahí?

Resoplando, Dexter salió por la puerta, al no recibir contestación. Sí o sí, tenía que obedecer.

El policía miró a Bronwyn.

—Ya traigo a su madre.

Bronwyn asintió sentándose a esperar en una de las muchas sillas que había.

Cuando el policía salió por la puerta, llevaba a Mildred vestida totalmente de negro, detrás.

—Aquí está —le dijo.

Bronwyn lo miró confundida. Mildred se encogió de hombros extrañada.

—Perdón —le dijo al policía—. Me la puedo llevar también, pero...

—¿No venía a buscar a su madre? Tienen los mismos ojos.

Bronwyn miró a Mildred con una sonrisa. Sí, tenían el mismo color de ojos, pero habían ido a por Adrienne.

Mildred no podía dejar de mirarla.

—Veníamos a por Adrienne Campbell...

Dexter entró por la puerta con un visible enfado.

—Yo ya he aparcado el coche y ¿usted no ha ido a por mi madre? —preguntó impaciente al policía, que sin mediar palabra volvió a desaparecer por la puerta.

Dexter miró a Mildred vestida de negro. Pantalón largo, camiseta de manga larga, con el calor que hacía, y ¿un gorro entre las manos? Le sorprendió verla con ese atuendo.

—Pero ¿qué hacíais?

—Bueno... —empezó Mildred ligeramente avergonzada, tratando de encontrar las palabras más adecuadas para explicar su aventura nocturna.

El policía salió con Adrienne mientras una joven rubia, menuda y de ojos azules entraba corriendo asustada a la comisaría.

—¿Qué ha pasado? —preguntó extrañada de ver allí a Dexter con una mujer que no conocía—. Vengo por mi madre, Allison Anderson —le dijo al policía que la miraba tranquilo.

El policía asintió y volvió a traspasar la puerta con cara de hastío.

—Traiga también a Helga y a Doris, por favor —le pidió Adrienne antes de verlo desaparecer—. Sus hijos no viven aquí.

—¿Quién se hace cargo de ellas?

Adrienne miró a Dexter que entendió la mirada y levantó la mano tratando de calmar su enfado.

Cuando vio salir a las otras tres mujeres todas vestidas de negro de la cabeza a los pies su enfado empezó a diluirse y a convertirse en curiosidad.

—¿Me podéis explicar a qué estabais jugando?

Las mujeres se miraron entre sí sin abrir la boca, como si no hubieran hecho nada, mientras Dexter firmaba la documentación que le había dado el policía.

Gwen, después de firmar la suya, cogió ceñuda a su madre por el brazo y se la llevó mientras empezaba a decirle lo que sentía al haber sido llamada a esas horas de la madrugada por la policía. Los demás salieron de la solitaria comisaría todos juntos.

—Mañana nos vemos, chicas —les dijo la más corpulenta de todas mientras se alejaba con otra más morena que no conocía—. Gracias por todo, Dexter.

—¿Mañana? —Dexter miró a su madre—. Te castigaría sin salir de casa. ¿Qué pretendíais hacer?

—Bah, no tenían por qué habernos pillado —comentó Adrienne andando hacia casa seguida de Mildred—. Era muy buena idea.

—¿Dónde vais andando? He traído el coche —le informó Dexter todavía enfadado—. ¿Por qué

os habéis vestido todas de negro? ¿Ibais a robar un banco?

Bronwyn empezó a pensar lo ridículo de la situación y su sonrisa empezó a aflojarse. Las cinco señoras mayores, vestidas de negro de la cabeza a los pies, a las tres de la madrugada... muy serio no parecía, aunque Dexter estuviera más que enfadado.

Adrienne miró a su amiga, cómplice.

—Era buena idea —insistió.

Bronwyn ahogó una carcajada intentando reprimirse. Mildred y Adrienne la miraron extrañadas mientras Dexter se giraba furioso.

—No le veo la gracia —le dijo serio.

—Lo siento —se disculpó Bronwyn tratando de no reírse—. Es que... es que...

Adrienne y Mildred también empezaron a reírse, primero despacio, luego con más ganas.

Dexter se cruzó de brazos viendo a las tres mujeres reírse. El enfado le desapareció, pero no iba a dar su brazo a torcer. Realmente la situación era ridícula. Se cruzó de brazos esperando alguna respuesta.

Las mujeres se secaron las lágrimas de los ojos fruto de la carcajada.

—Bueno, será mejor que volvamos a casa —sugirió Adrienne—. Mañana seguiremos buscando locales de una manera... más legal...

Se sonrieron mientras las tres mujeres se subían al coche del paciente Dexter.

—¿De verdad, madre? ¿Un local? ¿Habéis intentado entrar en un local?

Adrienne se encogió de hombros.

—El local está cerrado desde hace tiempo. El dueño no nos lo quiere alquilar... Nos pareció buena idea ocuparlo. Nadie tenía por qué enterarse.

—¿Quién iba a pensar que tenía una alarma conectada con la policía? —preguntó Mildred.

—¿No la tienes tú en la peluquería? —le preguntó Dexter.

—Pues no —le respondió Mildred— ¿Qué se van a llevar? ¿Un secador? ¿Un tinte para el pelo?

Dexter llevó a Mildred hasta la puerta de su casa, antes de parar y bajar en la casa de su madre.

—Bueno, niños, creo que iré a acostarme —les sonrió Adrienne antes de dejarlos a solas frente a la puerta—. Estas aventuras vienen bien de vez en cuando... No te enfades, Dexter, yo también te he sacado de comisaría alguna vez.

—Una vez, por una pelea que yo no empecé —le recordó Dexter—. Y no es lo mismo. Tú eres una madre.

Bronwyn sonreía mientras la veía alejarse y miró a Dexter. Estaba realmente guapo con el ceño fruncido.

—¿Qué piensas? —le preguntó Dexter extrañado por su mirada.

Bronwyn se encogió de hombros.

—Nada... nos vemos mañana.

—¿Para cenar juntos?

Bronwyn le sonrió. Estaba de buen humor, pero no tanto.

—No —le respondió sin moverse.

Hacía tiempo que no se reía con tantas ganas como esa madrugada, y le costaba dejar pasar el momento.

Dexter se le acercó atractivo. Bronwyn sintió que la piel se le erizaba, pero no se movió. Dexter dio un paso más hacia ella. Le gustaba ver sus ojos brillantes. Bronwyn se mordió los labios. Le miró a los ojos. Sabía lo que iba a ocurrir y no estaba segura. No sabía si apartarse o

no. Solo sería un beso. Solo eso.

Dexter esperó a que ella lo rechazara. El rechazo no llegó. Apoyó las manos en su cadera. Bajó la boca. Aprisionó sus labios. Y sintió que estaba tocando el cielo. El beso se tornó más hambriento, más apasionado, más salvaje.

Ella respondió al beso sorprendida, sin fuerzas, sin aliento. Se apoyó en él sintiendo que se le doblaban las rodillas.

—Brownie...—murmuró él retirándose—. No respondo de lo que viene después si no paro ahora.

Bronwyn asintió confundida, con las emociones alteradas... Había decidido quedarse en Edentown, pero eso no implicaba empezar ningún tipo de relación con Dexter por muy atractivo que fuera o muy bien que besara.

—Nos vemos mañana —le dijo pasándose una mano por su cabeza para despejarse.

Alejarse de ella le había costado horrores. Y sí, había confirmado que un beso solo le dejaba con ganas de más, de mucho más.



Cuando Dexter llegó a la mañana siguiente, Adrienne estaba terminando de preparar el café hablando con Bronwyn, que estaba sentada en una de las sillas de la cocina.

Dexter le dedicó una mirada larga mientras se dirigía a su madre.

—¿Ya te has levantado?

—El que sabe trasnochar, tiene que saber madrugar —le respondió su madre con una sonrisa.

—Y no estarás ni un poco avergonzada siquiera de lo que hiciste ayer —la miró ceñudo.

—Pues no, hijo —le respondió tendiéndole una taza a él y otra a Bronwyn—. Puede que no fuera una buena idea, pero fue divertido. Nos lo pasamos bien.

—¿Qué ejemplo de responsabilidad es ese?

—No exageres —sonrió Adrienne—. No pasó nada. No íbamos a hacer nada. Solo preparar una exposición. Es una pena que una sala tan grande y bonita esté vacía.

—Eso no os da derecho...—sonó su teléfono interrumpiéndolo y contestó.

Miró a Bronwyn y asintió, colgando poco después.

—Brownie, hoy me llega el motor de tu coche —le comentó—. Puedes pasarte por él a última hora de la tarde.

Bronwyn asintió.

—Gracias, así lo haré.

Dexter la miró sin disimulo. Sentía que su sueño podía escapársele de las manos. Ahora que ya no tendría el coche en su taller, sentía y sabía que ella podía irse en cualquier momento.

—Será mejor que me vaya a trabajar —les dijo ligeramente abatido



Cuando Bronwyn llegó al taller mecánico con la puesta de sol, encontró a Dexter pasando un trapo sobre su reluciente coche. Estaba muy atractivo incorporado sobre el coche, con los pantalones de mecánico y la camiseta manchada de grasa. No había nadie más. Quizá si no pretendiera quedarse en Edentown se plantearía el sexo con él como despedida, allí mismo, por ejemplo, en ese momento. Ella sobre el coche, solo tenía que levantar su vestido... se mordió los

labios. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había estado con un hombre que de verdad le gustara? Probablemente el calor sofocante del verano la estaba afectando.

Dexter se giró y la vio allí parada mirándole. Estaba preciosa, ruborizada... Se incorporó del coche y se lo señaló.

—Aquí lo tienes.

—¿Lo has lavado? —le preguntó extrañada, alejando de su mente sus pensamientos subidos de tono.

—A una joya así hay que cuidarla —le dijo con una sonrisa—. No estarás pensando en venderlo, ¿verdad?

—No —le respondió sincera mientras a él parecía que le costaba alejarse de su bonito coche.

Estaba terminando de limpiar los asientos tapizados en color crema, recreándose en ello.

Bronwyn estaba tan acostumbrada a él que le costaba entender que alguien lo admirara como si fuera especial.

—¿Quieres conducirlo? —se lo ofreció insegura.

Dexter sonrió con brillo en la mirada.

—Creí que nunca me lo ibas a pedir —le sonrió pícaro—. Espérame cinco minutos y salgo.

Pasó junto a ella y colgó el cartel de «cerrado» en la puerta. Fue a meterse en el cuarto de baño donde estaba la ducha y se giró. Allí estaba ella distraída, apoyada en su flamante coche, en su taller... Él podía acercarse, separarle las piernas, situarse entre ellas... solo tenía que levantarse el vestido... cerró los ojos conteniendo sus ganas de dejar volar su imaginación y algo más. Una ducha bien fría le vendría bien, pensó.

—¿Me cobras ahora? —le preguntó Bronwyn al verlo ahí parado sin terminar de entrar.

Dexter la miró. ¿Cobrarle? ¿Por qué? Se sonrojó sin poder huir de sus pensamientos.

—El trabajo es el trabajo.

Dexter asintió a duras penas. Si se acercaba a ella en ese momento no estaba muy seguro de poder controlar su deseo de besarla, de invadir su boca con la lengua, de que sus manos recorrieran cada centímetro de su cuerpo...

—He cerrado ya todo —disimuló—. Ya te pasarás mañana si te viene bien.

Entro rápido a la ducha. Bien fría tendría que estar el agua para enfriar su cuerpo y sus pensamientos, suspiró.



Dexter estaba tembloroso cuando se sentó al volante del impresionante Jaguar blanco descapotable. Miró a Bronwyn con una sonrisa radiante. Se había imaginado cientos, miles de veces, en esa misma situación. Conduciendo ese coche con ella al lado. Si fuera un sueño no querría despertarse nunca.

—¿Dónde vamos? —le preguntó Dexter.

Bronwyn se encogió de hombros.

—¿Dónde me quieres llevar?

Dexter hizo una mueca. Su entrepierna había reaccionado antes que el resto de su ser.

—Esa pregunta es muy peligrosa —le dijo con una media sonrisa.

Arrancó el coche. Quizá era su oportunidad. Con el sol poniéndose decidió acercarse a la ciudad. Peter le había hablado de un restaurante romántico con velas y probablemente fuera un buen lugar para comenzar la noche. Condujo hasta allí, disfrutando cada minuto de estar viviendo su sueño.



Bronwyn había disfrutado como pocas veces en su vida. Habían cenado muy bien, habían hablado de todo un poco, habían reído... pero ya llegaban a Edentown y la noche para ellos acabaría. Lo cierto es que no quería que acabara. Sabía que tenía que volver a la realidad, pero le estaba costando pensar en alejarse de Dexter.

Dexter estaba tratando de pensar en una excusa para llevarla a su casa. Se resistía a pensar que tendría que dejarla en casa de su madre, darle un casto beso, si se lo permitía, y despedirse de ella sin más. Pero no se le ocurría nada... un momento... el coche era de ella.

—Si te parece, como tengo garaje podemos dejar el coche en mi casa y luego te acompaño.

—De acuerdo —respondió demasiado rápido.

Así podrían ir andando y alargar la noche un poco más, pensó.

Dexter empezó a ponerse nervioso y a sentirse ridículo. Iban a ir a su casa. Los dos. Solos. Eran adultos. ¿Cómo podía sentirse así? Había estado preparándose para ese momento toda su vida, desde que la había visto por primera vez y se había quedado sin aire. Solo tenía que convencerla, y la experiencia que tenía haría el resto, pensó orgulloso de sí mismo.

Aparcaron el coche en el garaje de su casa y salieron al pequeño y desierto jardín delantero.

—Hummm podría invitarte a tomar un café... —le sugirió abriéndose a la posibilidad de hacer realidad su sueño.

Bronwyn lo miró insegura.

—El café a estas horas quizá me mantenga despierta toda la noche —le comentó empezando a sentir mariposas en el estómago.

Dexter se le acercó. Bronwyn no se retiró.

—De eso se trata —le sonrió mientras la cogía por las manos y se perdía en su mirada.

Bronwyn se mordió los labios insegura. Tan algo, tan guapo, tan atractivo... no tenía por qué pasar nada malo... no tenía nada que perder...

Dexter no pudo contenerse más. La besó con suavidad al principio ofreciéndole una ligera oportunidad para retirarse si quería hacerlo.

Bronwyn le pasó los brazos por el cuello apretando su cuerpo contra el de él. Dexter no necesitó más. La cogió en brazos sorprendiéndola y la entró en su casa sin apenas dejar de besarla.

Cerró la puerta con el pie y la subió directamente a su dormitorio en la planta de arriba. Para cuando llegaron no podían esperar más. La luz de la luna se filtraba por la ventana. Devorándose la boca se quitaron la ropa el uno al otro y se tumbaron en la cama. Dexter se prometió ir más despacio la próxima vez, pero ahora no podía dejar de besarla, de querer sentirla, de darle todo, de tomarle todo. Ella lo estaba esperando, estaba preparada para él. Él entró en ella como tantas veces había soñado, pero esta vez era real. Juntos, al mismo ritmo, tocaron el cielo y sintieron volar.

—No te puedes hacer una idea de las veces que he soñado con este momento —le susurró Dexter mientras poco después la rodeaba con sus brazos disfrutando del aroma de su cuello.

Bronwyn sonrió relajada y extrañada. No sabía qué había de diferente, pero se sentía como si de verdad fueran ciertas las palabras después de compartir la intimidad que habían compartido. Casi hasta se sentía querida, pensó sin decir nada.

—Estás muy callada —susurró Dexter dándole un beso en el hombro—. Te prometo que la próxima vez será mejor.

—¿Habrá próxima vez?

—Siempre que tú quieras.

Bronwyn sonrió triste. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Ya estaba allí el golpe que esperaba. «Ya te he conseguido, ya nos veremos», estaba tan cansada de escucharlo. ¿Por qué habría pensado que con Dexter iba a ser diferente? Era un hombre. Como todos. Por eso ella seguía soltera, por eso su madre se había quedado embarazada a los dieciséis. Una noche y ya nos veremos.

Se incorporó para levantarse demasiado rápido. Dexter la miró extrañado cuando la vio recoger su ropa.

—¿Qué haces? ¿Por qué tienes tanta prisa?

—Porque ya hemos acabado.

—¿Por qué? ¿He dicho algo que te haya ofendido?

—¿Tú que crees?

Dexter se encogió de hombros mientras la veía vestirse.

—No lo sé. Dímelo, por favor. Bronwyn. Te quiero demasiado como para...

—¿Sabes una cosa? No te creo que me quieras. Acabas de conocerme. No sabes nada de mí, solo te gusta mi cuerpo y ya lo has tenido —le respondió furiosa—. Ya puedes ir a por otra.

Dexter se puso los pantalones vaqueros muy serio. ¿Qué estaba pasando?

—De acuerdo —aceptó—. Me gusta tu cuerpo, no sería un hombre si no me gustara, pero no me digas no te quiero. No me digas que acabo de conocerte —abrió la puerta de su armario para que ella viera el poster plastificado con su insinuante imagen ligera de ropa en los comienzos de su carrera en el mundo de la moda—. Porque no acabo de conocerte. Estás conmigo desde que en la Universidad te descubrí en una revista. Te tengo aquí, en la oficina del taller, en la gasolinera, en la habitación que hay en casa de mi madre. Abre el armario y lo verás.

Bronwyn lo miró confundida y avergonzada por la foto tan antigua y ligera de ropa. ¿De verdad alguien era capaz de plastificar un poster y guardarlo durante quince años?

—No estoy loco ni obsesionado por ti, ni nada de eso —se justificó levantando las manos en señal de rendición—. Simplemente me enamoré de ti la primera vez que te vi. Fue en una revista. Podía haber sido paseando por la calle o arreglándote el motor del coche. Conocerte ha sido el regalo más grande que ha podido darme la vida. Estuviste conmigo los últimos años de la universidad, cuando murió mi padre, cuando empecé yo solo en el taller mecánico. No me digas que acabo de conocerte, Bronwyn, porque desayuno contigo todos los días desde hace quince años.

Bronwyn lo miraba sin saber qué decir. Quince años parecían mucho. Hasta a ella le costaba asumir que hubieran pasado quince años desde esa foto.

—Me... habrás idealizado... —se le ocurrió decir en su defensa.

—Pues no lo sé... probablemente... pero no lo sabremos, ni tú ni yo, hasta que no nos conozcamos. No tienes planes, no sabes a dónde ir. Dame una oportunidad, Bronwyn. Date una oportunidad a ti también. Quiero demostrarte, quiero comprobar que podemos estar bien juntos.

Ella negó con la cabeza. Se sentía demasiado sensible. No se esperaba lo que estaba ocurriendo.

—Estoy cansada de hombres mujeriegos y egoístas.

Dexter asintió.

—Sí. Soy eso y mucho más. Pero ninguna mujer ha significado para mí lo que tú has significado. Y siempre he sido muy sincero en mis relaciones. Todas sabían que íbamos a pasar un buen rato y nada más. A ti te estoy ofreciendo un compromiso. Te estoy ofreciendo mi vida.

Bronwyn negó con la cabeza notando cómo sus cimientos empezaban a temblar, cómo las promesas de alejarse de los hombres se rompían, cómo los recuerdos de las relaciones fallidas volvían a su mente...

Dexter apretó los labios con fuerza tratando de leer la expresión de su bonito rostro.

—No me acuses a mí de egoísta, cuando tú te has comportado así conmigo desde el primer momento. Te abrí las puertas a mi vida, a mi familia, a mis amigos, y tú no has abierto nada, ni una mísera ventana a una nueva posibilidad. Exiges confianza cuando tú no la das, exiges respeto cuando tú no piensas en lo que haces a los demás.

—¿Qué hago yo a los demás? ¿De qué me acusas?

—Sabes que te amo, sabes que tienes mi corazón en tus manos desde el primer momento, y no has dejado de ignorarme, de ningunearme, de desalentarme con cada mirada y gesto tuyo —se puso una camiseta que había sobre la única silla del dormitorio casi vacío.

—Me estaba protegiendo.

—No iba a hacerte daño.

—Yo no lo sabía —se justificó ella.

—Pues ya lo sabes — le respondió dando un paso colocándose frente a ella y manteniéndola la mirada—. Te amo, Bronwyn. Decide tú qué hacer con eso.

Cogió sus deportivas y salió de la casa dando un portazo.

Bronwyn terminó de vestirse con rapidez y volvió a casa de Adrienne. Todavía no podía creerse que él tuviera una foto suya o que le dijera que la amaba. Sin embargo, parecía tan sincero. No. Se negó una y otra vez. Los hombres eran todos unos egoístas.



Bronwyn encaminó sus pasos al día siguiente hacia el taller. No estaba segura del motivo por el que iba. No sabía por qué sentía esa necesidad de seguir hablando con él, de volver a verle, pero después de la noche que había pasado en la que apenas había podido dormir, pensó que debía hablar con él.

Podía preguntarle por algo del coche, podría preguntarle por... Bah ¿A quién trataba de engañar? ¿Y cómo podían haberse complicado tanto las cosas? Él era un hombre, ella una mujer, había sido un poco de buen sexo y punto.

Si pensaba quedarse a vivir allí no quería empezar con malentendidos ni con enemistades con sus futuros vecinos. Sí, iba a hablar con él para tratar de arreglar las cosas. Lo habían pasado bien, y no había por qué dar más vueltas al asunto. El Amor era otra cosa... el Amor era... el Amor era... bueno, no sabía definirlo, pero ... pero... ¿Por qué parecía tan complicado?

Llegó al taller mecánico, dándose cuenta de lo concurrida que estaba la gasolinera. El verano era lo que tenía. Gente por todos los sitios.

Los tres aprendices que rodeaban a Dexter frente a un coche azul la miraron embobados. Dexter con el ceño fruncido fue hacia ella, la cogió de la mano y la llevó hasta la oficina, entrando después.

—¿Qué quieres? —le preguntó acercándose demasiado en la pequeña oficina.

Bronwyn fue a responder, pero cerró la boca. Estaba tan guapo, tan atractivo... que se le había olvidado la excusa que ni siquiera había inventado. Lo miró a los ojos. Lo miró a los labios.

—¿Qué buscas? —la besó posesivamente abrazándola por la cintura, quitándole el aliento, apoyándola sobre el pequeño escritorio—. Podría tenerte sobre la mesa en un momento, o ponerte de espaldas —le dio la vuelta abrazándola por detrás con fuerza, apoyando sus manos sobre la

mesa y susurrándole al oído—. Podría calentarte tanto como quisiera, hasta que tú me suplicaras que te hiciera mía —le dio la vuelta para mirarla de frente—. Pero eso no es lo que busco contigo, Bronwyn. No te quiero para un momento rápido, Yo te quiero para toda la vida y contigo no voy a aceptar nada que no sea eso.

Bronwyn asintió en silencio y sonrojada. Estaba totalmente confundida y excitada. Nadie le había hablado con tanta rotundidad, con tanta pasión. Nadie le había infundido la confianza que él acababa de darle. Nadie le había hecho sentirse importante. Nadie le había dicho que una relación con ella podía durar tanto, o podía merecer la pena.

—Mírate si todavía no me crees —le abrió la puerta del armario archivador para que viera su poster plastificado.

Bronwyn se sonrojó. No por volver a verse en esa foto, sino porque quizá se había equivocado al juzgarle.

—¿Qué probabilidad tenía yo de conocerte sin salir de Edentown? ¿Qué probabilidad había de que tu coche se detuviera justo en mi puerta? Yo no tengo esas respuestas, Bronwyn. Pero tengo claro que no voy a dejar pasar la oportunidad de hacerte cambiar de idea. Llevo muchos años contigo como para que te creas que no me importas.

El móvil de Dexter sonó y tras echarle el último vistazo a la mujer que tenía frente a él, lo cogió saliendo por la puerta, dejándola allí, sola, pensativa.



Cuando llegó a casa, encontró a Adrienne en el jardín trasero retocando uno de sus cuadros. Se le acercó sin saber muy bien qué decirle. Adrienne notó su cara de preocupación.

—¿Todo bien cariño?

Bronwyn se encogió de hombros.

—¿Quieres pensar en voz alta? —le preguntó dejando sus pinceles.

Bronwyn se sentó en las escaleras del porche sintiendo un nudo en la garganta.

—Creo que no sé hacer las cosas bien —comenzó diciéndole.

—Y piensas eso porque.... —se sentó a su lado.

—Podría decirte que no sé amar, que no sé confiar porque no me han enseñado, no lo he visto ¿sabes? Mi madre me abandonó, la casa de acogida no me ... no me... me alimentó y todo eso, pero... no sé lo que es un beso de buenas noches —una lágrima empezó a rodar por su mejilla—. No me importaba no saberlo, no me importaba no saber qué era eso de pasear de la mano, no sabía lo que me perdía con no tener amigas, o no tener con quien hablar...

Adrienne la escuchaba con cariño.

—Y ahora... descubro que existe otro mundo que no conocía... pero que me está gustando... y no sé cómo encajar... no sé qué hacer... no sé cómo actuar... no sé cómo cambiar algunos pensamientos...

Adrienne asintió dejándola hablar.

—Yo pensaba que los hombres eran todos unos egoístas... y conozco a Dexter y...

Adrienne abrió los ojos sorprendida. ¿Qué su hijo no era egoísta?

—Bueno, resulta que... bueno... es muy guapo... pero también me hace pensar y sentir cosas que antes no... Te pareceré una tonta, pero es que no tengo nadie con quien hablar y a veces me quema por dentro.

Adrienne le cogió una mano con cariño.

—Date tiempo, Bronwyn. Las cosas duraderas no se construyen en dos días. Date tiempo para

encontrar amigas y crear una relación de confianza. Date tiempo para crear unas bases sólidas en la relación con un hombre, sea Dexter o no lo sea. Date tiempo. Y escucha a tu corazón, ¿Qué te dice?

Bronwyn se encogió de hombros.

—Duele.

—No has tenido una vida fácil. Permítete pasarlo mal, permítete equivocarte, permítete dudar... y permítete empezar las veces que haga falta.

Bronwyn asintió más tranquila.

—El piso que ahora alquiles no tiene por qué ser el definitivo, las amigas que ahora vayas haciendo quizá no sean las mismas que dentro de dos años, o quizá sí, y tengas muchas más... no te preocupes tanto, cariño, y disfruta de la vida. La vida son dos días y uno está nublado, así que aprovecha los días de sol.

Bronwyn le sonrió agradecida.

Adrienne la vio entrar en casa. Vaya, vaya, pensó, así que Dexter ya había empezado a cortejarla. Se preguntaba cuándo iba a darse cuenta su hijo de que Bronwyn era una mujer con la que podría plantearse un futuro. Sonriendo, recogió sus pinturas en el maletín mientras dejaba que el lienzo se secara. Se quitó la bata que utilizaba para pintar y subió al cuarto de Dexter. Ya que él no iba a ir a dormir de visita como hacían sus hijas cuando iban a verla, lo utilizaba como cuarto de la plancha. Y ya tenía demasiada ropa acumulada para planchar.

—Voy a planchar, Bronwyn —le dijo junto a la puerta de su habitación—. Si quieres que te planche algo, dímelo.

Entró en el cuarto todavía decorado con sus trofeos de atletismo, sus banderines de la universidad y sus libros. Sonrió abriendo la puerta del armario para sacar la tabla de la plancha.

—Hoy toca planchar, bonita—le dijo por costumbre al poster plastificado que tenía en la parte interior de la puerta—. Ya que tú no lo haces, lo tendré que hacer yo.

Miró sonriendo el poster. Siempre le decía lo mismo. Pero... parpadeó varias veces...se acercó a él... se alejó... pero...

Bronwyn entró en ese momento sobresaltándola.

—Puedo planchar yo —le dijo llevando dos camisas colgadas en una percha.

Adrienne la miraba boquiabierta. Volvió a mirar al poster y la miró a ella. Bronwyn la miró seria. No era nada malo, pensó. Se sentía muy orgullosa de lo que había conseguido gracias a esa sesión de fotos.

—Se parece a ti.

—Soy yo.

—¿Dexter lo sabe?

—Sí.

—¿Sabe que lo sabes?

—Me lo dijo él —le explicó Bronwyn.

Adrienne se sentó sobre la cama.

—¿Me estás diciendo que eres una modelo famosa?

—No —le respondió sincera—. Lo fui cuando era más joven.

—¿Me está diciendo que eres el amor platónico de mi hijo?

Bronwyn se encogió de hombros sonrojada.

—¿Sabes la de veces que he planchado contigo? Me hacías compañía —le confesó.

Bronwyn sonrió con cariño.

—Ahora me tienes aquí en carne y hueso —le dijo.

Adrienne se levantó para abrazarla. Tanto tiempo viendo su imagen, sabiendo lo que significaba para su hijo, la consideraba como parte de la familia antes de que estuviera viviendo en casa.

—Me lo tenías que haber dicho antes.

—Me enteré ayer.

—Dexter me lo tenía que haber dicho. ¿Qué te ha dicho? No, no me lo cuentes. Son cosas vuestras —sonrió volviendo a sentarse en la cama para mirarla—. Es como si te conociera desde...

—Hace quince años —le dijo Bronwyn empezando a planchar ella haciéndole un gesto a Adrienne para que no se levantara de donde estaba—. Fue uno de mis primeros trabajos. Conseguí mucho dinero y mucha proyección con esas fotos.

—¿Y lo has dejado?

—Ya soy mayor para eso —le explicó tranquila—. Gustan más las jovencitas, como era yo por entonces. Lo que me ofrecían ahora no me gustaba en absoluto. Antes eran imágenes más cuidadas, más insinuantes... ahora supongo que también las habrá, pero no lo que a mí me llegaba —hizo una mueca—. Así que lo dejé todo y me fui.

Bronwyn no recordaba haber hablado tanto rato con nadie como estuvo hablando con Adrienne sobre su época de modelo, sobre dietas y trucos de maquillaje.

La tarde se les pasó rápida y la cena entre ambas fue animada y distendida. Bronwyn sentía haberse quitado un gran peso de encima. No había pensado en Dexter en ningún momento, pero estaba tranquila y confiada al respecto. Ya se arreglarían las cosas... o no.



Bronwyn se despertó con mucha energía. Se sentía vital y libre y tenía una idea. Como le había dicho Adrienne lo que fuera a hacer no tenía por qué ser definitivo. Si le salía mal, siempre podía volver sobre sus pasos. No sabía cuánto dinero necesitaría invertir, pero iba a salir de dudas a lo largo de la mañana.

Dexter ya estaba en la cocina como todas las mañanas con sus brownies. La miró receloso. Bronwyn evitó su mirada, incómoda.

—¿Por qué no me dijiste quién era? —le recriminó su madre.

—¿A qué te refieres?

—A Bronwyn. ¿Por qué no me dijiste que era la chica que...

—¿Cómo te enteraste? —se sonrojó mientras ella escuchaba la conversación sirviéndose café en su taza—¿Se lo dijiste tú?

Bronwyn negó con la cabeza y una media sonrisa.

—Abrí el armario de tu habitación y la vi.

—¿Y qué hacías en mi habitación?

—Planchar, hijo. Iba a planchar.

—¿Y por qué no planchas en otra habitación?

Adrienne resopló.

—Déjate de tonterías. Tú ya no vives aquí.

Dexter se terminó el café de un trago.

—Pues me voy —le dijo ligeramente molesto e inseguro—. Cualquiera día conviertes mi habitación en un estudio de pintura.

—Ah, pues mira no es mala idea... —le dijo Adrienne sonriendo mientras lo veía salir.

—Gracias por la conversación de ayer —le dijo Bronwyn cuando se quedaron a solas. Adrienne le sonrió con cariño.
—Fue un placer hablar contigo... ¿Vas a salir a algún sitio tan pronto?
—Sí —le respondió—¿Tú vas a pintar?
—Sí —oyeron el timbre de la puerta—. Debe ser Mildred.
—Le abro y me voy —le dijo cogiendo su bolso.
Abrió a Mildred sonriendo. Mildred entró mientras Adrienne salía al pasillo.
—Ya salgo —le dijo sonriendo a su amiga mientras miraba extrañada el parecido entre las dos.
—¿Pasa algo? —le preguntó Mildred mientras Bronwyn salía por la puerta.
—No... nada —le contestó—¿Quieres un brownie? Dexter hoy ha traído uno de más.
—¡Qué detalle! —comentó sirviéndose uno de ellos.



Bronwyn entró en la inmobiliaria donde Megan estaba sentada dando de mamar a su bebé. Megan se sorprendió de verla.

—¡Hola! No te esperaba.

—Hola... Vengo a preguntarte por el local de la galería de arte —le preguntó desde el mostrador manteniendo las distancias.

Megan sonrió. Se había enterado del intento frustrado de ocupación de las mujeres que querían exponer allí.

—¿Qué quieres saber?

—Pues supongo que el precio... y quizá tu opinión ya que vives en Edentown. ¿Crees que es viable? ¿Qué podría servir como negocio?

—Siéntate por favor —le señaló la silla que tenía frente a ella—. Creo que bien llevado puede funcionar. Es decir, con exposiciones periódicas, haciendo publicidad, alternando pintores de renombre con otros que no sean tan conocidos... Puedes hablar con Jane que trabaja en la biblioteca y lleva la concejalía de cultura, supongo que podríais colaborar y Shelby Payne hace webs y marketing digital, también te puede ser útil.

Bronwyn asintió tomando nota mental.

—¿Vas a quedarte entonces? Creía que estabas de paso.

Bronwyn se encogió de hombros.

—Estaba de paso hacia ningún lugar... En algún sitio tengo que asentarme.

—Yo también llegué de paso —le sonrió—. Sin nada, y lo tengo todo.

Bronwyn sonrió.

—Cuando sabes lo que quieres supongo que es más fácil encontrarlo.

—O más difícil si te niegas otras posibilidades.

—Yo no sé ni lo que quiero —reconoció Bronwyn con una media sonrisa—, así que lo que encuentre, bienvenido será.

—Bueno, de momento sabes que quieres información sobre el local de la galería de arte —empezó a manejar el ordenador sin dejar de dar de mamar a su bebé.



Cuando Adrienne volvió de su clase de pintura se encontró a Bronwyn sentada en el jardín

trasero escribiendo en una libreta con una sonrisa en la cara.

—Te veo disfrutando —le dijo contenta por ella.

Bronwyn asintió levantándose.

—Creo que me voy a quedar en Edentown —le confirmó.

Adrienne dejó lo que cargaba y la abrazó. Le había cogido cariño a la jovencita solitaria.

—Me alegro, cariño —le dijo sincera— ¿Qué te ha llevado a tomar la decisión?

—Bueno, ahora tengo un negocio propio —le explicó—. Faltan por firmarse algunos papeles, y tengo bastante que hacer, que pensar, que publicitar... una web... clarificar un poco las ideas... aprender sobre el mundo del arte...

—Nunca es tarde para empezar de nuevo —le sonrió Adrienne—. Y para aprender siempre hay tiempo ¿Qué has decidido montar?

—Ya estaba montado —le sonrió—. Solo hay que abrirlo, inaugurarlo... la semana que viene.

—¿Ya tan pronto? Supongo que puedo ir a la inauguración.

—Eso espero porque si no vais tú y tu grupo de amigas pintoras, estará vacía. He comprado la galería de arte.

Adrienne abrió la boca sorprendida.

—Pero... no te habrás sentido comprometida por...

—No —le dijo tajante—. Quería montarme algo. No tengo estudios. No tengo experiencia en nada. No sé hacer nada más que posar para fotografía... pero puedo tirar de contactos. Conozco fotógrafos que podrán exponer, periodistas que quizá puedan publicitarme gratis... no sé... me pareció que podría hacerlo.

—Por supuesto que puedes —le apoyó Adrienne—. Y puedes contar conmigo para lo que quieras.

—Bueno, espero que queráis inaugurarla con vuestra exposición.

—Ahora mismo llamo a Peter y a las chicas. ¿Sabías que el cuñado de Peter es un famoso pintor italiano? Creo que le gustará exponer en Edentown. Con esa excusa pueden venir a ver a Isabella...

Bronwyn asintió con una gran sonrisa. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan ilusionada.



Dexter la encontró en el lago cuando anochece. Estaba sentada en el mismo banco donde la encontraba siempre que acudía allí.

—Pasé a buscarte por casa de mi madre.

—¿A mí?

—Creo que quizá he sido un poco injusto contigo —le confesó—. Yo no entiendo mucho de cómo pensáis vosotras. No he querido pensar que tú tendrías tus propios problemas cuando te recorriste el país sin saber dónde ir... No pensé en que querrías encontrar trabajo o empezar de nuevo...

Bronwyn le escuchaba en silencio.

—Solo pensaba en mí. En lo que tú habías sido para mí toda la vida. En que si tú estabas aquí eras un regalo del cielo para mí, y quería hacértelo ver. Era como si todas mis plegarias se hubieran cumplido... A ver... que no estaba pidiendo al cielo que vinieras, ni se me había ocurrido que esto pudiera pasar. Por eso cuando pasó no quise dejarte escapar. Y quizá por eso te presiono demasiado, porque no quiero que te vayas, no quiero que vuelas... o sí, quiero que vuelas, pero no muy lejos.

Bronwyn miró el agua calmada del lago.

—Supongo que yo también podría disculparme... no sé... no estoy acostumbrada... —cogió aire—. Me cuesta confiar en la gente. No he tenido ninguna relación duradera. Siempre he sentido que se aprovechaban de mí... Me cansé de todo eso, cerré la puerta de mi apartamento y me alejé de todo... pero supongo que esas inseguridades las traje conmigo.

—Bueno, la vida tiene curiosas maneras de guiarnos hacia nuestro destino ¿no crees? —insistió Dexter mirando al lago en calma.

—Tú creías que yo había llegado aquí por ti. Yo creía que había llegado aquí por mi madre... Por cualquier desconocida razón, aquí estoy, aquí estamos.

Dexter le cogió la mano con cariño y se la besó con suavidad. Repasó mentalmente lo que ella le había dicho.

—¿Qué quiere decir que creía que estabas aquí por tu madre? No conoces a tu madre ¿no?

—No —negó con la cabeza—. En mi partida de nacimiento pone que vivía en Edentown y que tenía dieciséis años. Me sonaba el nombre cuando llegué a tu gasolinera, pero no sabía de qué. Al deshacer las maletas volví a encontrar los papeles.

—¿Tu madre era de aquí? —preguntó sorprendido.

Bronwyn asintió.

—El hospital que había por entonces se quemó. Me lo contó... la chica de la biblioteca...

—Jane.

Bronwyn asintió.

—Me recorrí los hospitales de la zona cuando te pedí el coche, pero ninguno había recibido ni sabía nada de los informes que había en el hospital. Se debieron quemar.

—¿Y no has buscado más?

—¿Cómo? Solo sé lo que te he contado.

—Si tenía dieciséis iría al instituto.

Bronwyn lo miró sorprendida. No se le había ocurrido esa posibilidad.

—Figuraría en los anuarios ¿Sabes su nombre o algún detalle más?

—No. ¿Cuántos años tienes exactamente? Podemos saber, si ella tenía dieciséis, en qué año nació y de qué promoción sería.

Bronwyn asintió con ilusión.

—Pero el instituto está cerrado en vacaciones... quizá haya algo en la biblioteca y podamos ir mañana por la mañana... pueda ir mañana—se corrigió dándose cuenta de que había contado con él para acompañarla.

—Podamos —le corrigió Dexter—. Puedo dejar a los chicos solos en el taller unas horas y acompañarte.

Bronwyn asintió agradecida. Dexter la abrazó. Simplemente la abrazó. Le enterneció verla tan ilusionada, tan vulnerable, tan confiada. Esperaba que todo fuera bien, que encontrara a su madre, que mantuviera esa sonrisa siempre.

Bronwyn sintió el cariño en el abrazo, el afecto, la ternura. Y se relajó entre sus brazos. Quizá por fin, habría encontrado la calma, la estabilidad, el apoyo que buscaba, allí, en Edentown.

—Te acompaño a casa —le dijo Dexter.

Bronwyn asintió levantándose del banco. Dexter la miró de arriba abajo con una media sonrisa.

—¿Estropearía el momento si te sugiriera pasar antes por la mía?

Bronwyn lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Tienes que coger algo?

—¿Si te dijera que sí y luego solo tratara de acostarme contigo te enfadarías mucho?

Bronwyn se encogió de hombros. Iba a quedarse en Edentown. Era inútil negar la atracción mutua que sentían el uno por el otro. Era absurdo fingir que no tenían una relación o que no la tendrían en breve... durara lo que durara...

—Supongo que no... así que si tienes que coger algo... deberíamos ir cuanto antes para que no se hiciera tarde.

A Dexter se le iluminó la mirada y la abrazó para besarla con cariño antes de profundizar en el beso. Esta vez sin prisa, sin ansia. La cogió de la mano y fueron andando a casa de Dexter, dando un paseo.



Cuando Bronwyn bajó a desayunar Dexter ya estaba tomándose el café. Adrienne fingió no ver la mirada tierna que compartieron.

—¿Vas a salir? —le preguntó Adrienne al verla bajar hasta con el bolso.

—Sí. Vamos... Voy a la biblioteca —le comentó ligeramente nerviosa.

Presentía que iban a descubrir algo y los nervios y un montón de preguntas habían aparecido en cuanto se había despertado. ¿Y si ya no vivía en Edentown, la seguiría buscando? ¿Cómo se presentaría ante ella? ¿Y si había fallecido? ¿Y si no quería saber nada de ella?

—¿Cómo lleváis lo de la exposición de pintura? ¿Estáis más tranquilas? —le preguntó Dexter a su madre mientras le daba un brownie a Bronwyn.

Adrienne sonrió a su hijo y miró a Bronwyn.

—Claro. Vamos a exponer en la galería de arte.

—¿Al final habéis convencido al propietario?

—La nueva propietaria ya estaba convencida.

Dexter le miró sin comprender lo que le decía. Las dos mujeres se miraban cómplices.

—¿Qué habéis hecho?

—He comprado la galería de arte —le dijo Bronwyn a un sorprendido Dexter—. Te lo hubiera contado ayer, pero me distraje un poco...

Dexter sintió que volaba. Si había comprado la galería de arte significaba que se quedaba allí, que la podría ver todos los días, que podría convencerla de que se dejaría la piel si fuera necesario para hacerla feliz. Asintió orgulloso.

—Me alegro mucho, de verdad —le dijo sincero a Bronwyn.

Ella asintió.

—Yo, también... En cuando me den las llaves podemos entrar para organizar lo que haga falta y abrir la exposición. Ahora que hay tantos turistas puede ser una buena oportunidad para empezar a promocionarla.

—Hablando ya como una empresaria —sonrió Adrienne orgullosa de que cómo las flores, ella se hubiera abierto mostrando su esplendor, su luz, su alegría.

Ya no reconocía a la joven insegura y resentida que había entrado por su puerta el primer día. Fingió no darse cuenta de que se iban juntos, pero se asomó por la ventana para ver a su hijo cogerla de la mano y darle un beso en la frente mientras caminaban. Dio un mordisco a su brownie. Parecía que su hijo iba a desayunar brownies durante mucho tiempo.



—No encuentro nada —murmuró decepcionada Bronwyn frente a uno de los ordenadores de la

biblioteca—. Quizá debamos esperar a que abran el instituto.

Dexter negó con la cabeza. No se iba a rendir tan pronto. Se levantó y esperó a que Jane terminara de atender a una mamá con dos niños pequeños.

—Jane, una pregunta... En verano el Instituto está cerrado —Jane asintió—. Si quisiera entrar...

—No hagas lo que hizo tu madre y sus amigas en la galería —le sugirió con una sonrisa.

Dexter hizo una mueca burlona.

—Si quisiera entrar legalmente, más o menos... ¿Cómo podría hacerlo?

Jane le miró pensativa.

—Se te podría haber olvidado algo si hubieras estado en clase...o podrías pedirle un favor a alguien... ¿Tan importante es que no puedes esperar a Septiembre?

Dexter asintió.

—Déjame un momento —cogió su móvil y llamó por teléfono—. Brooke, soy Jane Muldoon... me ha surgido una urgencia y necesitaría entrar en el instituto un momento, ¿Podrías abrirme la puerta? Tienes llaves ¿verdad? Perfecto. En veinte minutos en la puerta. Irá Dexter, el dueño de la gasolinera tan atractivo. Sí, ese mismo. Pero va con su novia. Muchas gracias, te debo una.

Dexter había escuchado toda la conversación sin apenas parpadear.

—No le has dado opción a negarse.

—Claro que no —se encogió de hombros—. Querías entrar, ¿no? En veinte minutos en la puerta del instituto.

—Te debo una.

—Te lo recordaré en la próxima revisión del coche —le sonrió Jane viéndolos salir con una sonrisa.

Conocía a Dexter desde que eran niños porque era uno de los mejores amigos de su hermano. Sabía lo mujeriego que había sido. Le encantaba verlo tan enamorado de una mujer que además era preciosa. Tendrían unos hijos guapísimos. Como ella y Jared, seguro.



Una mujer joven morena, con flequillo y gafas de pasta oscura les estaba esperando en la puerta del instituto. Se sacó las llaves del bolsillo de los pantalones vaqueros.

—Perdona que te hayamos hecho venir —le dijo Dexter a la mujer que apenas conocía más que de vista—, y, de verdad, muchas gracias.

Brooke Sawyer se encogió de hombros con una sonrisa —Parecía urgente.

—Lo es. Ella es Bronwyn Evans.

—¿La modelo? —preguntó con una sonrisa—. Te seguía por las redes. ¿Vas a quedarte en Edentown?

Bronwyn le sonrió. Rara vez encontraba simpatía proveniente de una mujer.

—Sí, he comprado la galería de arte —le comentó mientras entraban en el instituto.

—¿De verdad? ¿Y podríamos organizar allí alguna tertulia literaria? La biblioteca está muy bien, pero cierran a las ocho.

—Claro —le respondió Bronwyn sincera—. Me encantaría.

—¿La biblioteca está donde siempre? Necesitamos ver un anuario de hace treinta y cinco años.

—Sí —les respondió Brooke subiendo con ellos hasta el piso de arriba y entrando en la sala del final del pasillo.

Los llevó hasta la sección de anuarios y les dio el que buscaban.

—Se ven fatal las fotos —comentó Dexter extrañado pasando las páginas.

Brooke asintió comprobando el volumen anterior y el posterior.

—Sí... muy buena calidad no tiene ... menos mal que las cosas han cambiado...

—Esta es mi tía Donna —le señaló a Bronwyn para que mirara—. Aquí no se aprecia que hubiera nadie embarazada... pero mi tía tiene que saber algo. Vive en Portland... Mi madre puede llamarla por teléfono.

Bronwyn asintió dejándose llevar.

—Muchísimas gracias, Brooke —le dijo Dexter devolviéndole el anuario—. La siguiente revisión de tu coche corre por cuenta de la casa.

Booke guardó el anuario a su sitio.

—Como quieras —le sonrió—, pero conociendo a Jane, algo te habrá cobrado a cuenta de este favor.

Dexter se rio mientras salían del instituto.

Fueron andando con rapidez hasta casa de Adrianne.

Antes de entrar Bronwyn le miró insegura.

—¿Y si mi madre no quiere verme? La siento ahora tan cerca que me da miedo.

Dexter la besó en la frente.

—Tú misma lo dijiste. Si tu coche te trajo aquí sería por algo.

—Quizá era por ti.

—Eso seguro, pero ya que estamos, lleguemos hasta el final, ¿no te parece?

Bronwyn asintió soltando el aire que sin darse cuenta había retenido.

—¡¡Mama!! —llamó Dexter entrando en casa.

Adrianne se sorprendió de oír a su hijo a mitad de mañana. Lo vio salir con Bronwyn al jardín trasero donde ella estaba pintando.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—¿Puedes llamar a la tía Donna?

—¿A mi hermana? ¿Qué ocurre?

—No sé si tú sabes algo. Una compañera de curso de la tía Donna, se quedó embarazada de una niña que dio en adopción.

Adrianne los miró pálida.

—¿Cómo sabes tú eso? —le temblaban las rodillas.

—¿Lo sabías? —le preguntó Dexter mientras su madre se sentaba en una silla.

—Tú tenías cinco años.

Dexter asintió.

—¿Sabes de lo que te hablo?

Adrianne miró a Bronwyn.

—¿Por qué queréis saberlo?

Bronwyn se sentó frente a ella.

—Mi madre era de Edentown. Es lo único que pone en mi partida de nacimiento. Eso y que tenía dieciséis años.

—¿Por eso viniste a Edentown?

Bronwyn negó con la cabeza.

—El coche me dejó tirada aquí. Poco después lo recordé.

Adrianne la miró con lágrimas en los ojos.

—¿Podrás perdonarme?

—¿A qué te refieres?

—Fue idea mía... ella era muy joven... tenía problemas con sus padres... creímos que sería lo mejor para ti... Ella se fue poco después.

—¿Se fue? —le preguntó abatida Bronwyn.

Sus piernas se doblaron y se sentó en otra silla a su lado.

—Hicimos lo que creímos mejor para la niña, para ti. Donna y ella vinieron a verme antes del parto. Lo hablamos. No quería dejarte. Te tuvo en casa dos días...

Bronwyn asintió con lágrimas en los ojos.

—Le partió el alma tener que entregarte, pero no se nos ocurrió nada mejor. Yo tenía ya a los tres niños. Valery acababa de nacer. No vi posible quedarme con ella, contigo.

Bronwyn asentía mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—¿Me... quería?

—Más que a su vida —le aseguró—. Se fue del pueblo en cuanto pudo... no quería vernos... sentía que no le habíamos ayudado lo suficiente... Al tiempo volvió. Trató de buscarte, pero no le dieron información de ningún tipo. Entonces no estaba todo tan informatizado como ahora, pero sabía que en tu partida figuraba Edentown. Pensó que quizá algún día podrías venir a buscarla. Por eso regresó. Por eso no volvió a irse nunca.

—¿De verdad? —le preguntó Bronwyn sintiendo la mano de Dexter sobre su hombro.

Adrienne asintió.

—¿Vive aquí?

Adrienne asintió mientras sacaba el móvil del bolsillo de su bata de pintora.

—No solo te me hacías conocida por el poster en la habitación de Dexter... te pareces bastante a ella, aunque tú tienes la cara un poco más alargada. Voy a preparar una tila. Creo que nos vendrá bien a todas —mandó un mensaje mientras se secaba las lágrimas de los ojos.

«Ven a mi casa. Tu hija está aquí».

—¿Y mi padre? No sé por qué solo pensaba en mi madre, pero mi padre...

—Era un sinvergüenza demasiado guapo. También te pareces a él. La dejó cuando se enteró que tú venías.

Bronwyn asintió mientras Dexter se sentaba junto a ella y Adrienne iba a la cocina.

—¿Estás bien?

Bronwyn asintió nerviosa. Sentía un nudo en el estómago. Por fin iba a verla, iba a poder hablar con ella, iba a... intentó calmar su respiración.

Poco después sonó insistente el timbre de la puerta.

Dexter fue a abrir. Mildred entró llorosa con la bata de la peluquería todavía puesta.

—¡Adrienne!

—¿Estás bien? —le preguntó Dexter preocupado—. Estamos esperando...

Adrienne salió al pasillo y miró a Dexter en silencio.

—En el jardín trasero.

Mildred asintió casi sin voz.

—Es Bronwyn ¿verdad? —sollozó cogiéndola por los brazos—. Lo sentí nada más verla....

Adrienne asintió sin seguirla, reteniendo a Dexter a su lado.

Bronwyn vio a Mildred con sus bonitos ojos azules llorosos. Se levantó sorprendida. ¿Era ella?

—¿Podrás perdonarme alguna vez? —le preguntó Mildred sin moverse mientras las lágrimas surcaban su amable rostro.

Bronwyn comenzó a llorar corriendo a sus brazos.

Mildred la abrazó con fuerza. Sus piernas temblaban y se arrodillaron en el suelo sin dejar de

abrazarse.

—Perdóname, perdóname... mi niña... mi vida... era demasiado joven... no supe qué hacer...

Bronwyn lograba asentir a duras penas.

—Creí que era lo mejor para ti... no podía darte un futuro... no lo tenía ni yo...

—Estuvo bien... —le respondió llorosa.

—¿Fuiste feliz?

Bronwyn negó con la cabeza.

—No, pero estoy bien... —se secó las lágrimas—. No me faltó comida...ni un techo...

—Perdóname, mi vida... pensé que era lo mejor.

—Te eché de menos... —le explicó Bronwyn sin dejar de abrazarla, como si la viera por primera vez.

Mildred asintió secándose las lágrimas de los ojos y secándoselas a ella.

—He pensado en ti tantas veces... ¿vendrás conmigo a casa?

Bronwyn se encogió de hombros.

—No podemos cambiar el pasado —le dijo Mildred decidida—, pero podemos tener un futuro juntas, si tú quieres.

Bronwyn asintió entre lágrimas.

Poco después entró Adrienne con unas tilas, y Dexter, que, completamente sorprendido e incómodo, no sabía qué hacer.



La noche de la inauguración, Dexter se encontró a Bronwyn frente al lago en su lugar de siempre. Desde allí se podía ver la galería de arte, muy concurrida.

Se había puesto un vestido corto y estrecho, de color dorado con sutiles brillos en blanco. Llevaba el cabello recogido en una coleta alta y se había maquillado resaltando sus ojos. Estaba sencillamente arrebatadora, y no parecía darse cuenta.

—Quería estar sola un momento —se justificó con una sonrisa.

Apenas podía creerse lo que le había cambiado la vida en apenas un mes.

—Puedo volver más tarde —le dijo sin atreverse a sentarse, con dos copas de champán en las manos.

Bronwyn negó con la cabeza.

—No hace falta.

Dexter se sentó a su lado y le dio una de las copas.

—¿Por qué brindamos? —le preguntó Bronwyn con una dulce sonrisa.

—Creo que nos sobran los motivos. pero puedes escoger uno.

Bronwyn sonrió.

—Por los nuevos comienzos.

Dexter asintió brindando con ella.

Bronwyn lo miró a los ojos. Estaba imponente allí a oscuras, vestido de negro. Suspiró y volvió a mirar hacia el lago. Se sentía tan afortunada por tantos motivos...

—La inauguración está siendo un éxito —le comentó Dexter rompiendo el silencio.

Bronwyn asintió sintiendo la calma del agua iluminada por la luz de la luna.

—Eso parece.

—Y tú estás guapísima, Brownie.

Bronwyn le sonrió negando con la cabeza.

—¿Vas a seguir llamándome así?

Dexter se encogió de hombros cogiéndole de la mano.

—Si tú me dejas, siempre.

—Siempre es mucho tiempo.

—Todo el que tú quieras.

Vieron una estrella fugaz en el cielo y se miraron sonrientes.

—Esa es una señal de que has llegado a casa.

—Sin duda —le sonrió Bronwyn con cariño.

Se fundieron juntos en un beso lleno de amor y de promesas de felicidad eterna.

Querida lectora:

¿Te ha gustado esta novela?

Me harías un gran favor si compartieras tu testimonio en las redes para ayudar a su divulgación.

¿Quieres conocer la historia de Megan o Peter?

No te la pierdas. Si no la has leído todavía búscala en las bibliotecas digitales o permanece atenta a su publicación.

Sobre la autora

Annabeth Berkley

Nacida en 1975, la mayor de tres hermanas, desde siempre manifestó interés por la lectura y la escritura.

Está convencida de que al Amor de pareja real y auténtico se llega cuando nos amamos y aceptamos a nosotros mismos, por eso sus novelas tienen ese componente de superación personal, de autoestima y de aceptación de nuestras luces y sombras.

También escribe libros de desarrollo personal con su nombre.

Síguela en Instagram para enterarte de todas sus novedades:

<https://www.instagram.com/annabethberkley/>

Serie Edentown

Una decisión afortunada



*Laurel sabe lo que quiere. Nick cree que también lo sabe...
hasta que conoce a Laurel.*

Laurel Harding llevaba tiempo sin fijarse en ningún hombre, así que cuando un joven tremendamente atractivo sugiere la posibilidad de alquilar una habitación en Edentown de manera temporal, no duda en ofrecerle la que queda libre en su casa.

Mientras tanto, sigue esperando que los herederos del hotel en el que trabaja respondan al email que les ha enviado reclamando su atención y un aumento del presupuesto.

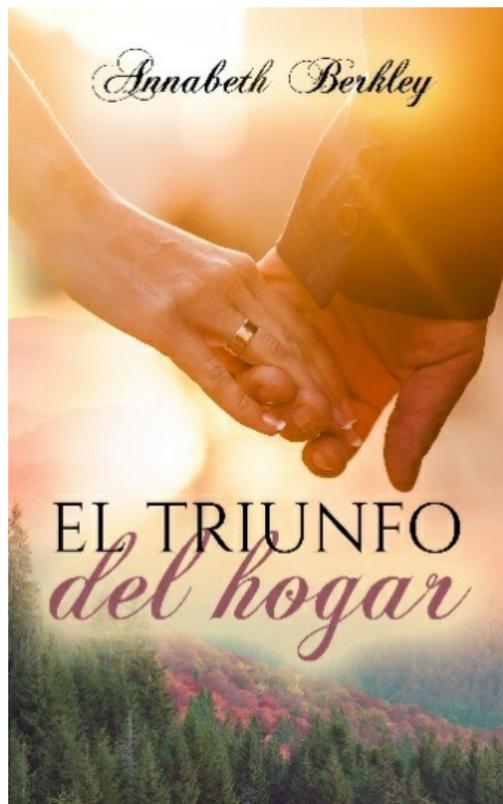
Nicholas Jordan es el encargado de comprobar que el hotel favorito de su abuelo, donde había

decidido retirarse y pasar los últimos años de su vida, realmente cuenta con el potencial que la ambiciosa gerente y probable examante de su ancestro les manifiesta.

Llega a Edentown dispuesto a comprobarlo sin prever que ser fiel a sí mismo puede hacer que su vida salte por los aires, pero que no serlo puede que sea aún peor.

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/2FcUyIF>
y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

El triunfo del hogar



*Ella quería una familia, él quería un lugar para descansar.
Juntos descubrirán que deseaban lo mismo.*

Megan Saint James está cansada de esperar a que su hombre ideal aparezca a lomos de un caballo blanco y le prometa felicidad eterna. Está dispuesta a crear la familia que no tuvo de niña, aunque tenga que hacerlo ella sola.

Keith Logan busca un lugar donde curar las heridas físicas de las que le han jubilado anticipadamente y las heridas del corazón, que le impiden volver a confiar en alguien.

Ella no quiere esperar más. El bastante tiene consigo mismo.

¿Podrá Megan posponer su decisión de ser madre? ¿Se atreverá Keith a olvidar el pasado y dar una nueva oportunidad al amor?

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/3j5JAnC>
y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

La protección que necesitaba



Lacey está dispuesta a protegerse sola hasta que descubre que todo lo que le rodea está dispuesto a hacer lo mismo por ella.

Mike O'Roarke, un atractivo veterinario, ha dejado atrás la sociedad fría y superficial a la que pertenecía y que ha dañado su reputación.

Lacey Brown huye literalmente de un pasado de dolor y malos tratos concediéndose la oportunidad para ser feliz, aunque no sepa realmente ni lo que es eso.

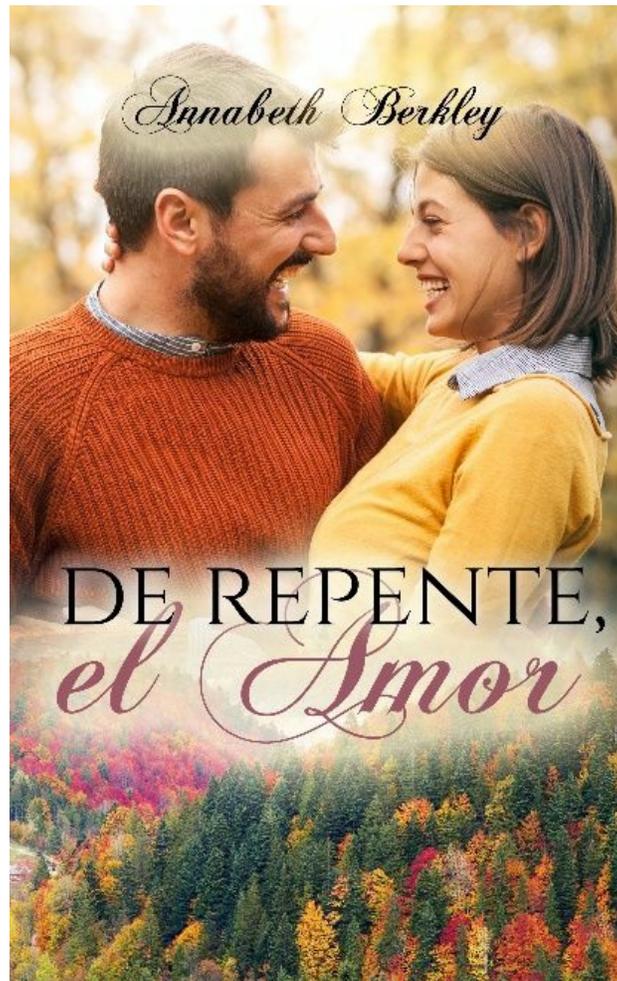
El bonito pueblo de Edentown les abre los brazos en cuanto llegan.

Lacey quiere adoptar un perro, pero el destino parece que le obliga a que aprenda primero a cuidarse ella misma.

Todo va bien hasta que el pasado llama a su puerta...

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/2OsK1tU>
y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

De repente, el amor



Ella le pedirá un favor que le cambiará la vida.

El estará dispuesto a eso y a mucho más.

El único y querido hermano de Isabella es dado por muerto en un accidente de avión. Isabella abandona la ONG donde era voluntaria para cuidar a sus sobrinos, pero para conseguir su custodia debe tener un marido y una vida estable, algo de lo que carece totalmente. Amenazan con quitárselos y eso es algo que no está dispuesta a consentir.

Así que, sin perder más tiempo, agobiada y asustada, deja toda su vida y su país y se recorre medio mundo para pedirle matrimonio al mejor amigo de su hermano, un hombre al que nunca ha visto y del que no sabe nada.

Peter lleva una vida estable, cómoda, tranquila en Edentown, hasta que una bonita desconocida le pide un favor que puede cambiarle la vida.

¿Estará dispuesto a renunciar a la vida que conoce por una mujer de la que no sabe nada?

¡Descarga tu copia hoy haciendo clic en el botón LEER AHORA en la parte superior de esta página y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

<https://www.amazon.es/repente-amor-Edentown-n%C2%BA-ebook/dp/B08KGTMFNL/>